

TORNEOS Y JUSTAS EN LA VALENCIA FORAL

JOSÉ HINOJOSA MONTALVO

Resumen

Los torneos y las justas formaban parte de las fiestas cortesanas y cívicas y en ellos los caballeros mostraban sus habilidades combativas y dejaban claro cuáles eran sus señas de identidad y su posición en la escala social. El objetivo de nuestro estudio es la recuperación de la memoria del espectáculo caballeresco en el reino de Valencia durante la época foral, el contenido festivo e ideológico de estas fiestas, cuya proyección política es innegable en un momento en que los ideales caballerescos estaban en decadencia. Con el discurrir de los siglos el valor y la destreza, reflejados en la brutalidad de la batalla medieval dejaron paso al espectáculo galante de los Tiempos Modernos.

Palabras Clave

Fiestas, Espectáculos, Reino de Valencia, Torneos, Justas, Sociedad, Caballería.

Abstract

Tournaments and jousts were part of the court and civil festivities where knights displayed their fighting skills and asserted their identity and their social status. The objective of our study is to recover the memory of chivalry spectacles in the Kingdom of Valencia during the foral period, as well as the festive and ideological content of those festivities, whose political projection was undeniable at a time when the ideals of chivalry were in decline. With the passing of centuries, courage and dexterity, reflected in the brutality of medieval battles, gave way to the gallant spectacle of modern times

Key words

Festivities, Spectacles, Kingdom of Valencia, Tournaments, Jousts, society, Chivalry.

Résumé

Les tournois et les joutes occupaient une place privilégiée dans les fêtes à la Cour et à la ville. Les cavaliers y faisaient montre de leur habileté au combat et y révélaient leur identité et leur position sociale. Le but de notre étude est la récupération de la mémoire du spectacle chevaleresque dans le royaume de Valence pendant l'époque forale, le contenu festif et idéologique de ces fêtes, dont la projection politique est indéniable à un moment où les idéaux chevaleresques connaissaient un déclin. Les siècles passant, le courage et l'adresse qui s'exprimaient dans la brutalité du combat médiéval ont laissé place au spectacle galant des Temps Modernes.

Mots-Clés

Fêtes, Spectacles, Royaume de Valence, Tournois, Joutes, Société, Cavalerie.

* Universidad de Alicante. E-mail: johimon@yahoo.es.

En las cuentas de la Clavería de la ciudad de Valencia correspondientes al 30 de julio de 1407 se anotan las 37 libras, 10 sueldos y 9 dineros abonadas a Joan Rull y Jaume de Monçó, carpinteros, por el catafalco de madera que construyeron en la Rambla delante del Palacio Real “*per veure e retenir a memòria en temps esdevenidor armes de tota oltrança de batalles mortals concordades e empreses per valor de cavalleria entre lo noble mossèn Pere de Moncada e dos gascons barons de paratge ab ell. E lo senescal de Henaut en França ab dos franceses de bona nomenada ab ell*”, es decir para que en el futuro quedara constancia de las batallas mortales y desafíos habidos en los que participaron el noble valenciano Pere de Moncada y diversos nobles gascones y franceses, como así sucedió y luego veremos¹.

El escribano de la clavería era consciente de que estaba ante un espectáculo singular, reflejo de ese mundo brillante y fastuoso de la caballería, que tan magistralmente describió J. Huizinga en su *Otoño de la Edad Media*, por cuyas páginas desfilaba una compleja realidad social en la que el caballero dedicaba una parte importante de su tiempo y de su vida a los hechos de armas, bien en defensa de una dama, bien para reparar un honor mancillado, o simplemente por deporte, para hacer alarde de sus habilidades ecuestres y en el uso de las armas². Valga como ejemplo el acta notarial redactada en el verano de 1397, el 28 de agosto, por el notario Jaume Dezplà, de Valencia, en la que hizo constar que en el palacio del noble Olf de Pròxita comparecieron los caballeros Martí Eiximén d’Oris y Pere de Centelles, y el primero hizo saber solemnemente al segundo que estaba dispuesto a “liberarlos” de su voto y empresa, que consistía en llevar una “garrotera”, o liga y exigió que se hiciera constar su ofrecimiento –de hecho combatir con él– en carta pública. Es evidente la influencia que en el caballero valenciano tenía la prestigiosa orden de la Jarretiere, o Garter, fundada por Eduardo III de Inglaterra en 1348³.

El tema de la caballería española medieval y en particular todo lo referente a la actuación de los caballeros andantes, las justas deportivas, sus desafíos, etc. han sido objeto de numerosos estudios y en la actualidad la bibliografía es abundante, siendo obligada la mención del que ha sido su mejor estudioso, Martí de Riquer, quien ha destacado los muchos caballeros andantes que hubo en los distintos reinos peninsulares a fines de la Edad Media y sus hechos de armas, en los que la realidad se mezclaba con lo novelesco, sirviendo de inspiración para novelas como el *Tirant lo Blanch* o *Curial e Güelfa*⁴. Los archivos valencianos y nacionales cuentan con excelentes fondos documentales

¹ ARCHIVO MUNICIPAL DE VALENCIA (A.M.V) Clavería Comuna, J-35, fol. 8 v-9 r

² JOHAN HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media: estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV*, edit. Alianza, Madrid, 2001. La obra original data de 1927 y desde entonces las ediciones han sido continuas.

³ MARTÍ DE RIQUER, *Caballeros andantes españoles*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1967, p. 17.

⁴ R. BELTRÁN, *Tirant lo Blanc, Joanot Martorell*, ed. Síntesis, Madrid, 2006; R. BELTRÁN, “Tirant lo Blanc y las biografías militares y caballerescas en la Europa del siglo XV”, *Joanot Martorell y el otoño de la caballería*, ed. Generalitat Valenciana, Valencia, 2011, pp. 61-72; JOANOT MARTORELL y JOAN DE GALBA, *Tirant lo Blanc*, edic. Martí de Riquer, Barcelona, 1979; MARTÍ DE RIQUER y JOSÉ MARÍA VALVERDE, ed. Planeta, *Historia de la literatura universal*, Barcelona, 1999, T. 3, *Literaturas medievales de transición*, escrita por Martí de Riquer; MARTÍ DE RIQUER, *Historia de la literatura catalana*, Barcelona, 1984.

para los siglos forales que son los que han utilizado cronistas e historiadores para aproximarse al mundo de la fiesta, en este caso la caballeresca, siendo de consulta indispensable, entre otras, las series de las actas municipales, los *Manuals de Consells*, en aquellas localidades donde se conservan, en particular Valencia, pero también en Orihuela, o las cuentas de las claverías y del maestro racional en las que se anotaban los gastos habidos⁵. El objetivo de nuestro estudio es la recuperación de la memoria del espectáculo caballeresco en el antiguo reino de Valencia durante la época foral, el contenido festivo e ideológico de estas fiestas, cuya proyección política es innegable en un momento en que los ideales caballerescos estaban en decadencia.

1. Las fiestas de caballería en el Reino de Valencia

Durante los siglos que siguieron a la conquista de Jaime I, entre este monarca y los Reyes Católicos, la nobleza valenciana hizo de la carrera militar al servicio de los ejércitos del monarca uno de sus principales modos de vida⁶. Las guerras contra los musulmanes, contra la Corona de Castilla, los genoveses y franceses o la expansión por el Mediterráneo, el servicio a la monarquía aportando hombres, armas o dinero, hizo que muchos de estos nobles y caballeros acumularan fortuna y dejaran claro cuáles eran sus señas de identidad y su posición en la escala social. Caballeros al servicio del rey, pero también caballeros andantes cuando la guerra enmudecía, que se lanzaban a la itinerancia, participando en torneos, desafíos, justas y cualquier combate en el que pudieran exteriorizar su valor y habilidad en el uso del caballo y las armas, su orgullo de pertenecer al estamento nobiliario⁷.

Si hay una imagen, convertida ya en tópico, que ha calado en nuestra concepción de la Edad Media es la de la fiesta caballeresca, la del torneo, donde los caballeros cubiertos con vistosas armaduras y empuñando las lanzas se embisten a galope ante la mirada entre asombrada y admirativa de los espectadores, en particular de las damas o los

⁵ Son de consulta obligada las obras: Melchor MIRALLES *Dietari del Capellà d'Anfòs el Magnànim*, Introducción, notas por José Sanchis Sivera, Valencia, 1932, que es la que utilizo. Existe otra versión reciente: Melchor MIRALLES, *Crònica i dietari del capellà d'Alfons el Magnànim*, (ed. lit.) Mateo Rodrigo Lizondo, ed. Universitat de València, Valencia, 2011, Por su parte Salvador Carreres Zacarés, quien realizó un exhaustivo estudio de los fastos valentinos en su galardonada obra *Ensayo de una biografía de libros de fiestas celebrados en Valencia y su antiguo Reino*, ed. Hijo de F. Vives Mora, Valencia, 1925.

⁶ Jaime I. *Memoria y mito histórico*, F. Garín Llombart y Joan J. Gavara prior (eds.), Generalitat Valenciana y Fundació Jaume II el Just, Valencia, 2008.

⁷ *A la búsqueda del Toisón de Oro. La Europa de los Príncipes. La Europa de las ciudades*, Mira, E, y Delva A, (eds.), Valencia, Generalitat Valenciana- Fundació Jaume II el Just, Valencia, 2007; J. CHINER GIMENO, "Joanot Martorell. Caballero y literato", *A la búsqueda del Toisón de Oro...* pp. 149-160; Rafael NARBONA VIZCAÍNO, "Las huellas de los caballeros. Esbozo de historiografía valenciana", *A la búsqueda del Toisón de Oro...* pp. 137-148; José Enrique RUIZ-DOMÉNEC, "La vida caballeresca en el siglo XV", *A la búsqueda del Toisón de Oro. La Europa de los Príncipes. La Europa de las ciudades*, Mira, E, y Delva A, (Eds.), ed. Generalitat Valenciana-Fundació Jaume II el Just, Valencia 2007, pp. 123-130; Carlos SOLER D'HYVER DE LAS DESES, "El ideal caballeresco. Los caballeros andantes. La heráldica medieval", *A la búsqueda del Toisón de Oro...* pp. 131-136; Jorge SAIZ SERRANO, *Caballeros del rey. Nobleza y guerra en el reinado de Alfonso el Magnánimo*, ed. Universitat de València, Valencia, 2008.

príncipes. El torneo era uno de los espectáculos más notables que se podían presenciar en las fiestas cortesanas, aunque lo fuera en ocasiones excepcionales, y Valencia, como capital del reino, acogió muchos de estos hechos de armas, en las que se reflejaban la sociedad y la política del momento, el afán de gloria y prestigio, junto con los ideales de la caballería y de la monarquía⁸.

La fiesta caballescica tuvo como protagonista principal a la nobleza, aunque también podían participar ciudadanos, miembros de la oligarquía local, y era una excelente ocasión para prestigiar al grupo social al que representaban, en tanto que el pueblo, como espectador, admiraba la valentía y la destreza de los combatientes. El torneo, como ha señalado Christian Beaufort, condensaba “los ideales caballescicos de la antigua nobleza, de unos tiempos pasados que se tenía por buenos y que, por tanto, deseaba rememorar una pequeña nobleza crecientemente empobrecida y cada vez más dependiente de los soberanos en cuyas cortes y ejércitos tenía que servir”⁹. En ocasiones estos torneos se celebraban en presencia del monarca, que asumía el papel de señor feudal de sus caballeros.

Es una fiesta que se desarrolló en la ciudad, sea Valencia, Orihuela o Denia, pero también en campo abierto y, junto con las entradas reales, eran los festejos más notables a los que se podía asistir y que rompían con la monotonía de la vida diaria, ya que además de la confrontación en sí misma en el entorno se movía todo un complejo mundo, desde los carpinteros que construían los catafalcos a los músicos y juglares que animaban el ambiente, los cocineros que preparaban el banquete, los vendedores, y un amplio y variopinto espectro de personaje que se congregaban al calor de la fiesta.

La lucha caballescica podía responder a dos finalidades: una, la deportiva, para entrenarse y exhibirse en el uso de las armas; otra, la jurídica, como vía de enfrentamiento físico en la resolución de pleitos o diferencias entre caballeros. En el primer caso encontramos las justas, que son combates individuales, y los torneos, combates entre grupos de caballeros. El segundo caso lo representa el combate a ultranza, a muerte, con el que se pretendía resolver las ofensas y litigios entre nobles cuando se desconfiaba del veredicto de los jueces, sobre todo si no eran caballeros. El *Passo Honroso* de Suero de Quiñones, el *Tirant lo Blanch* de Joanot Martorell son dos magníficos ejemplos de esta realidad social. Porque de ello se trata. La muerte debía ser, en teoría, el final de uno de los combatientes, aunque también podía confesarse vencido o admitir que no le asistía la razón. En el siglo XV el caballero andante español no es tan sólo un ser literario como puedan pensar muchos, sino un personaje real, que se desplazaba por toda la geografía peninsular, europea u oriental en busca de aventuras y en defensa de unos principios que le otorgan una superioridad ante el resto de los humanos. Ya hace medio siglo que M. de Riquer a través del estudio de los tres manuscritos de *Lletres de batalla* conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid puso de relieve la impor-

⁸ Christian BEAUFORT, “El torneo cortesano”, *A la búsqueda del Toisón de Oro...* pp. 161-169.

⁹ Christian BEAUFORT, “El torneo cortesano”, *Joanot Martorell y el otoño de la caballería*, Eduard Mira y Christian Beaufort (coord.) ed. Generalitat Valenciana, Valencia, 2011, p. 143.

tancia que la pugna caballeresca tuvo en determinados linajes del reino de Valencia y de Cataluña en los tiempos finales de la Edad Media¹⁰.

En los desafíos los caballeros ponían de manifiesto las dos cualidades más importantes de la caballería: el honor y el valor. Valga como ejemplo de ambas el acontecido en la azarosa vida de Joanot Martorell en relación con su intervención, como titular de la familia, tras la desaparición de su padre en 1435, de salir en defensa del honor de su hermana Damiata, deshonrada por un primo suyo, Joan de Monpalau, al rehusar tomarla por esposa después de haber tenido con ella relaciones íntimas bajo promesa de matrimonio. Ello originó una serie de *Lletres de batalla* entre ambas partes, retándose incluso a *tota ultrança*, es decir, hasta la muerte. Como tal género de desafíos estaba entonces prohibido en Valencia, Joanot acudió hasta Inglaterra, donde su rey Enrique VI acepta el reto, ofreciéndose como juez del combate. Dicha correspondencia caballeresca comenzó el 12 de mayo de 1437. Monpalau negó siempre haber dado palabra de casamiento a Damiata. Este viaje de Joanot a Londres -realizado sin licencia real y donde estuvo entre marzo de 1438 y febrero de 1439- supuso en gran parte su ruina económica, pues tuvo que buscar enormes sumas de dinero en efectivo, de las que no disponía, hipotecando para ello sus señoríos de Murla y Benibrafim. Fueron unos banqueros milaneses, los Borromei quienes le adelantaron el dinero, en total 18.000 sueldos. El asunto, sin embargo, terminó solucionándose a espaldas de Joanot y del monarca inglés, llegando a un acuerdo Joan de Monpalau con su familia, comprometiéndose aquél a abonar 4.000 florines de indemnización a la ultrajada Damiata¹¹.

Y aunque la época dorada de la caballería ya no volvería y la Iglesia y sus predicadores estuvieran en contra de los desafíos –Vicente Ferrer, Francesc Eiximenis, entre los valencianos¹², es evidente que muchos de los nobles valencianos del siglo XV llevaban una vida como si se sintieran protagonistas de las novelas de caballería que tenían en sus bibliotecas. Martí de Riquer nos dejó abundantes noticias de estos caballeros andantes

¹⁰ Martí de RIQUER, *Lletres de batalla, cartells de deseiximents i capitols de passos d'armes*, tres tomos, colección Els Nostres Clàssics, Barcelona, 1963-1968; Martí de RIQUER, y Mario VARGAS LLOSA, *El combate imaginario: las cartas de batalla de Joanot Martorell*, ed. Barral, Barcelona, 1972.

¹¹ Sobre Joanot Martorell existe una nutrida bibliografía, de la que destaco por su calidad y proximidad cronológica: el ya citado de J. J. CHINER GIMENO, “Joanot Martorell. Caballero y literato”, *A la búsqueda del Toisón de Oro. La Europa de los Príncipes. La Europa de las ciudades*, ed. Generalitat Valenciana-Fundació Jaume II el Just, Valencia, 2007, pp. 149-160; Albert HAUF I VALLS, *Literatura valenciana del segle XV: Joanot Martorell i sor Isabel de Villena*, Valencia, 1991; Martí de RIQUER y Mario VARGAS LLOSA, *El combate imaginario: las cartas de batalla de Joanot Martorell*, ed. Barral, Barcelona, 1972; Jesús VILLALMANZO CAMERO y J. J. CHINER, *La pluma y la espada. Estudio documental sobre Joanot Martorell y su familia (1373-1483)*, ed. Ayuntamiento, Valencia, 1992; Jesús VILLALMANZO CAMERO, *Joanot Martorell. Biografía ilustrada y diplomático*, Valencia, 1995; *Joanot Martorell y el otoño de la caballería*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2011.

¹² Andreu IVARS CARDONA, *El escritor Fr. Francisco Eximénez en Valencia (1383-1408): recopilación de los escritos publicados por el padre Andrés Ivars en la revista “Archivo Ibero Americano” sobre Francesc Eiximenis y su obra escrita en Valencia*, ed. Ayuntamiento, Benissa, 1989.

valencianos y de sus desafíos, en particular de Pero Maça de Liçana¹³, demostrando que no eran sólo personajes literarios, sino reales. Eran personajes a caballo entre el Medioevo y el Renacimiento, que con frecuencia dirimían sus diferencias en el campo de batalla, ya que se consideraban prototipos del caballero medieval¹⁴. Es lo que hicieron en abril de 1462 Francisco Berenguer de Blanes y Luis Crespí de Valldaura, señores de pequeños lugares, el primero de Cotes y el segundo de Sumacàrcer, en el término general de Xàtiva. La concesión en 1462 de la jurisdicción total de este lugar a Valldaura generó un conflicto con Vidal de Blanes, señor del vecino lugar de Cotes por la posesión de los derechos de pasto en la zona fronteriza entre ambos lugares. Intentaron resolver la disputa por la vía judicial, pero fracasaron y después se acudieron a la jurisdicción ordinaria y al tribunal especial de los jurados de Valencia, el 2 de abril de 1462, Francesc Berenguer de Blanes desafió a muerte a Lluís Crespí, quien eligió a Juan II rey de Aragón, como juez. Como éste fue dando largas al asunto para no llegar a las armas, buscaron nuevo árbitro en Ismail de Granada y Francesco Borsio, duque de Módena y marqués de Ferrara, aunque el desafío no llegó a realizarse por el estallido de la guerra de Cataluña. El pleito siguió con los herederos y generó un nuevo desafío entre Jeroni de Híjar y Francesc Crespí de Valldaura (1514-1515)¹⁵. Las cartas de desafío se notificaban a los interesados y se colocaban en lugares públicos, en el caso arriba citado en la Lonja de Valencia.

Las noticias sobre justas y torneos son incluso más antiguas que el propio reino de Valencia, pues ya las hay en la *Crònica* de Jaime I, pero comenzaron a proliferar en la

¹³ Hay que recordar que Pero Maça (1360-1448), perteneciente a un destacado linaje aragonés establecido en el reino de Valencia a raíz de la conquista de Jaime I, fue uno de los más destacados militares de su época, a finales del siglo XIV y durante la primera mitad del Cuatrocientos, participando activamente en todo tipo de hechos de armas, bandos nobiliarios y parcialidades, torneos y cualquier empresa donde pudiera demostrar su formación en la milicia y su habilidad en el manejo de las armas. En las obras de Martí de Riquer el lector puede seguir con minuciosidad la compleja trayectoria del personaje, que ya, en su tiempo, causó la admiración del gran prosista barcelonés Bernat Metge.

¹⁴ F. J. FLORES ARROYUELO, *El caballero, hombre y prototipo*, Murcia, 1979; C. LÓPEZ RODRÍGUEZ, “Guerras privadas nobiliarias y paz pública en el reino de Valencia (1416-1458)”, *Homenaje a Abilio Barbero*, (coord.) María Isabel Loring García, Madrid, 1997, pp. 643-667.

¹⁵ Archivo Condal de Orgaz (Ávila). Fondo Crespí de Valldaura Leg. XXX VIII-2. Vicent PONS ALÓS, “Lletra de requesta de batalla a ultranà o carta de desafío de Francesc Berenguer de Blanes, señor de Cotes, a Luis Crespí de Valldaura, señor de Sumacàrcer”, *El hogar de los Borja, Valencia*, Ed. Generalitat Valenciana, Valencia, 2001, pp. 238-239. Las armas escogidas fueron: *armes a cavall ab armés de como e de cuxa, de pes de quinze lliures, acostumat de portar en guerra, sens nenguna maestria, falda e gocets de malla, segons és acostumat de portar en guerra, cuyraça blanca de açer de pes de vint-e-dos lliures, sense scarcelles e ab rest, acostumades de portar en guerra, guallardets, canons e guardes de pes de nou lliures e mitja, guans de acer sens guarda ne vayrescut ne altra maestria, de pes de tres lliures, cabaçet e bavera de pes de dotze lliures e miga, dues spases cascú, la una de cinch palms e mig, copagorja de dos palms e mig del cap fins a la punta, una lança de larch de quatorze palms cascú ab lo ferre de migana gruxa de una natura de fust e lo ferre de correr puntes ses neguna maestria ab rest de cyuro e dos palms de la coha, e los caballs encubertats al cubertes de bruffol ab bancalets acostumats de portar en guerra e testera de acer sens neguna maestria, sella de cosser acerada segons és acostumat portar en guerra ab lo arcó de davant de hun palm de alt e hun palm e una mà de ample, streps delligats sens neguna manera de altres armes en les persones nostres ne en los cavalls.*

ciudad de Valencia, su principal escenario, a partir de los años setenta del siglo XIV una vez superadas las convulsiones y dificultades de mediados de la década, en particular la guerra con Castilla, de los dos Pedros, y la pacificación del territorio. Entre los factores que explican este cambio de tendencia está la citada paz, las ganas de vivir y de divertirse presente en todos los estamentos sociales, crecimiento y desarrollo económico y político de Valencia como capital de un reino con un peso cada vez mayor en la Corona de Aragón, que hizo que la presencia de los monarcas y personajes notables fuera más frecuente en la ciudad, que se esforzaba por agasajarles y rendirles pleitesía con toda clase de festejos, entre ellos los de caballería. La generalización de las manifestaciones festivas en todas las ciudades es un fenómeno común a todas las ciudades de Occidente y en el caso de las caballerescas permitía a la nobleza reafirmar su primacía jerárquica¹⁶. Pero nuestro objetivo no son los desafíos nobiliarios, puesto que sobrepasa el espacio disponible, sino las fiestas caballerescas en su faceta de torneos y justas, en las que se aprecia un importante descenso al final de la época foral, sobre todo en el siglo XVII, como consecuencia de los cambios experimentados en el propio sentido de la fiesta, en la que el elemento religioso alcanzó carácter de protagonismo, fruto de la contra-

¹⁶ De entre la extensa bibliografía sobre las fiestas en la Edad Media y Moderna destaco: J. J. CAPEL SÁNCHEZ, *La vida lúdica en la Murcia bajomedieval*, ed. Real Academia de Alfonso X el Sabio, Murcia, 2000; José HINOJOSA MONTALVO, “Juegos, fiestas y espectáculos en el reino de Valencia: del caballero andante al moro juglar”, *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval*, Miguel Ángel García Guinea, (coord.), Madrid, 1999, pp. 68-91; Miguel Ángel LADERO QUESADA, “La fiesta en la Europa mediterránea medieval”, *Cuadernos del Cemyr*, n° 2, 1994, pp. 11-52; Miguel Ángel LADERO QUESADA “Medievo festivo”, *Tópicos y realidades de la Edad Media* (III), Madrid, Real Academia de la Historia, 2002, pp. 69-119; Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Las fiestas en la cultura medieval*, ed. Aretés, Barcelona, 2004; M. GIBELLO BRAVO, “La violencia convertida en espectáculo. Las fiestas caballerescas medievales”, *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval...*, pp. 159-172; José Luis MARTÍN, y L. SERRANO PIEDECASAS, “Tratados de caballería. Desafíos, justas y torneos”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 111/4 (1991), pp. 161-242; Juan Carlos MARTÍN CEA, “Fiestas, juegos y diversiones en la sociedad rural de fines de la Edad Media”, *Edad Media. Revista de Historia*, 1 (1998), pp. 111-141; J. L. MARTÍN RODRÍGUEZ, M. MARTÍNEZ GOMIS, J. ADREO GARCÍA, J. URÍA, y otros, *Fiesta, juego y ocio en la Historia*, ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 2003; Ángel Luis, MOLINA MOLINA, *La vida cotidiana en la Murcia bajomedieval*, Murcia, 1987; Ángel Luis, MOLINA MOLINA, “Estampas medievales murcianas, desde la romántica caballerescas, caza y fiesta, a la predicación, procesión y romería”, en *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval...* pp. 33-63; Rafael NARBONA VIZCAÍNO, *Memorias de la ciudad. Ceremonias, creencias y costumbres en la historia de Valencia*, ed. Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 2003; U. SCHULTZ, (dir.) *La fiesta. Una historia cultural desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, 1993; E. MUIR, *Fiesta y rito en la Europa moderna*, Madrid, 2001; *Espai i temps d'oci a la història, IX Jornades d'Estudis Històrics Locals*, ed. Govern Illes Balears, Mallorca, 1993; *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval*, Miguel Ángel García Guinea, (coord.), Madrid, 1999.; *El rostro y el discurso de la fiesta*, M. Núñez Rodríguez, coord.), Universidad de Santiago, 1994; *City and Spectacle in Medieval Europe*, B. A. Hanawalt, y K. L. Reyerson, ed., Minneapolis/Londres, 1994; *Fêtes et divertissements*, L. Clare, J. P. Duviols y A. Molinié, ed., París, 1997; *Les fêtes de la Renaissance*, J. Jacquot y E. Konigson, ed., París, 1975; *La fiesta, la ceremonia, el rito. Coloquio internacional*, Actas reunidas y presentadas por P. Cordoba, J. P. Étienne y E. Ruiz Bueno, Granada, 1990; *Fiesta, juego y ocio en la historia*, Ángel Vaca Lorenzo, ed., Salamanca, 2003; *Las fiestas medievales*, ed. Universidad de La Laguna, La Laguna de Tenerife, 1994; *Les jeux à la Renaissance*, Études réunies par Ph. Ariés et J.-C. Margolin, París, 1983; *Jeux, sports et divertissements au Moyen Âge et à l'Âge classique*, París, 1993. *Il tempo libero. XXVI Settimana di Studi. Istituto Internazionale di Storia Economica E Datini*, Prato, 1995.

rreforma tridentina, y también de la propia dinámica política, al ser cada vez menor la presencia de los monarcas en la ciudad y reino de Valencia, lo que hacía que escasearan las justificaciones para estos espectáculos caballerescos.

2. Espacio, tiempo y forma

Como en el resto de Occidente también en estas tierras el marco preferido para la celebración de las fiestas de caballería fue la ciudad, sobre todo desde mediados del siglo XIV en que empezaron a generalizarse toda clase de celebraciones lúdicas, desde las justas y torneos a las corridas de toros, entradas reales, de príncipes, grandes dignatarios de la Iglesia, etc. La ciudad ya no era sólo el lugar donde se trabajaba, sino también el escenario de la fiesta, entre ellas las celebradas por la Corona y la nobleza¹⁷.

En el reino de Valencia, fue la capital del reino, junto con alguna que otra ciudad como Orihuela, donde se concentró este tipo de sucesos, precisamente por su función de capitalidad, de sede del monarca durante su estancia del reino, y de residencia de la principal nobleza del reino, función que también desempeñaron en menor escala Orihuela –capital de una gobernación– y ocasionalmente Denia. Tampoco faltaron torneos y justas en pequeñas localidades a cargo de sus señores, como Chiva o La Alcuía.

La plaza adquiere ahora una nueva función festiva, que se añade en nuestro caso a la comercial de cada día, pues en Valencia casi todas las justas y torneos se celebraron en la plaza del Mercado, el único espacio –junto con la plaza de Predicadores– con la suficiente capacidad para albergar a los combatientes y a los espectadores, incluyendo los catafalcos, más o menos grandes, que había que montar para el público asistente, en particular las autoridades.

En alguna rara ocasión el marco elegido fue una calle, como sucedió en Valencia el domingo 25 de septiembre de 1524 en que la calle de San Vicente, la más recta e importante de la ciudad, fue el escenario del combate individual protagonizado por Jeroni Vich contra otros nobles entre el portal de San Vicente y la cofradía de los pelaires.

Los ilustres visitantes en ocasiones contemplaban el espectáculo desde casas particulares, pertenecientes a miembros de la nobleza o de la burguesía, en las que se realizaban obras para adecentarlas y colocar estrados desde donde contemplar estos deportes. Más adelante, ya en el siglo XVI, cuando estuvo terminado el edificio de la Lonja sus ventanas se convirtieron en el mejor palco para disfrutar de tales festejos.

Otras veces la fiesta caballerescas salía más allá de los muros y vemos cómo la Rambla, en el entorno periurbano de la ciudad, junto al río Guadalaviar/Turia, era, por su cercanía al Palacio Real, uno de los lugares donde se celebraban estos juegos al aire libre, sobre

¹⁷ El tema ha sido tratado para la Corona de Castilla por G. PALOMO FERNÁNDEZ y L. SENRA GABRIEL Y GALÁN, “La ciudad y la fiesta en la historiografía castellana de la Baja Edad Media: escenografía lúdico-festiva”, *Hispania*, LIV/1, n° 186 (1994), pp. 5-36. Para el reino de Aragón ver: José Luis CORRAL LAFUENTE, “La ciudad bajomedieval en Aragón como espacio lúdico y festivo”, *Aragón en la Edad Media*, VIII (1989), pp. 185-198.

todo en tiempos de Alfonso el Magnánimo, sirviendo el huerto del Real como campo de adiestramiento de los caballeros. Este espacio delante del palacio pasó en tiempos modernos a llamarse Llano del Real y alternó con la plaza del Mercado como escenario para los espectáculos caballerescos, como el juego de alcancias celebrado en abril de 1564 durante la estancia de Felipe II en la ciudad.

En cuanto al tiempo de celebración del espectáculo en principio coincidía con las fechas de estancia del personaje/s agasajados, pudiendo celebrarse por la mañana o la tarde, sin que faltaran los torneos nocturnos, que iban acompañados de banquetes y bailes, por lo general en La Lonja o en el Palacio Real.

Condición casi indispensable en los torneos y justas era el buen tiempo, ya que eran celebraciones al aire libre, siendo el periodo desde la primavera al otoño cuando más festejos hay documentados, y es interesante recoger la noticia que nos transmite al respecto Jaume Roig en su *Espill*, cuando al referirse a los hechos de armas del protagonista fija el verano para la guerra y los hechos de armas, en tanto que el invierno queda para otros tipos de combates, ya que “*per la gelada/ lo campejar e assetjar/ prenia fi*”. El invierno y sus heladas cancelaban los asedios y por ello que el delfín del rey de Francia (el protagonista estaba en París) y sus caballeros se dedicaban a justar y tornear cuando el día claro, lo que en la capital de Francia no suele ser frecuente en esta estación:

*“He lo dalfi
ab los senyors
capdals majors,
molt ben guarnits
he infinits,
gentil jovent,
feya sovent
fer belles juntes;
he córrer puntes
hi tornejat,
durant temps clar”*¹⁸.

2.1. El atuendo de los combatientes

Una parte muy importante del espectáculo caballeresco era el atuendo de los participantes, un aspecto al que los cronistas prestaron particular atención, sobre todo en la Edad Moderna, cuando las fuentes literarias son más abundantes y en las que las clases privilegiadas hicieron –mucho más que antes– del vestido un marcado elemento diferenciador de clase. Y estos festejos se prestaban a ello. En las justas de 1507 se premió al que vistiera de forma más galante y el cronista dejó esta visión de los combatientes: “*Vestirent los taulagers de casots y paraments de vellut carmesí y domasch blanch,*

¹⁸ Jaume ROIG, *Spill*, Estudi, transcripció i notes a cura d’Anna Isabel Peirats Navarro, ed. Academia de Cultura Valenciana, Valencia, Academia de Cultura Valenciana, 2010, 2, p. 45.

*quartonejats ab trufes rolls y a peguins, y cubertes les selles de diverses colors, perquè eren de la reyna*¹⁹. O en las justas de 1528 durante la estancia de Carlos I, vemos al duque de Calabria salir al palenque vestido chapado en “*or de martell*”. Sedas y terciopelos, mucho colorido, todo contribuía a embellecer el espectáculo y dar un premio al que vistiera más galante se convirtió en norma.

Los caballeros que combatían o competían en combates individuales o en grupo lo hacían provistos de armas ofensivas y de defensa, tema estudiado con detalle por M. de Riquer²⁰ sobre el que no voy a extenderme, pues lo iremos viendo a lo largo del trabajo. Recordar, por ejemplo, que en los torneos se combatía a caballo o a pie, con lanzas y espada de doble filo, con hachas o mazas de bola. En las armaduras del siglo XV europeas del siglo XV y las dos primeras décadas del siglo XVI fue frecuente usar el yelmo conocido como de “cabeza de rana”, aunque en la península ibérica se preferían los bacinetes y las celadas con bavera. A partir de 1420 se desarrolló en Italia la costumbre de separar a los contendientes con una valla, lo que hizo que cuando se justaba a caballo desaparecieran las piezas de armadura para las piernas del jinete²¹.

2.2. Los espectadores

En la fiesta participaban todos los grupos sociales, unos, los caballeros, como protagonistas, otros, las autoridades y los artesanos, en la preparación, o como espectadores, las masas populares. La presidencia de las fiestas de caballería recaía en los reyes o en personajes destacados en cuyo honor se celebraba la fiesta, y si se trataba de un duelo o desafío en un monarca o en un gran magnate.

En sitio preferente, en catafalcos preparados al efecto, se sentaban los miembros de la nobleza, que actuaban como mantenedores y jueces, así como los miembros de la mano mayor de los ciudadanos, que también formaban parte de los grupos privilegiados. El texto que nos narra el torneo de 1469 en el lugar de la Alcudia nos dice que el infante Enrique, que presidía el acto, estaba rodeado de muchos nobles, barones, caballeros y gentilhombres, ocupando los lugares privilegiados. A ellos se añadieron ciudadanos artistas y menestrales, es decir todos los estamentos de la sociedad bajomedieval.

Por último, vemos a toda una multitud de personas de la más variada condición, controlados por las autoridades para evitar tumultos y facilitar el desarrollo de la fiesta, lo que no siempre se conseguía, pues a veces eran tantos los asistentes que no dejaban espacio para que los jinetes pudieran correr. Era normal que el público se dividiera en bandos en torno a los participantes.

¹⁹ Salvador CARRERES ZACARÉS, (ed.), *Libre de memories ...*, vol. II, p. 752.

²⁰ Martí de Riquer, *L'arnés del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*, ed. Ariel, Esplugues de Lobregat, 1968; Martí de Riquer, *Caballeros medievales y sus armas*, Madrid, 1999.

²¹ Christian BEAUFORT, “Armas y técnicas militares al final de la Edad Media”, *A la búsqueda del Toisón de Oro...* pp. 169-176.

El silencio para no alterar la concentración de los duelistas era un elemento importante. En el torneo arriba citado entre Martín de la Riva y Ferrando de Tapia en 1469 se especificaba que nadie hiciera señal de palabra o de hecho a los combatientes, o los estorbaran, bajo pena de muerte.

En estos espectáculos caballerescos jugó un papel básico la dama, que aprovechaba la ocasión para lucir todo el lujo de su indumentaria y complementos, así como el espíritu de galantería. En Valencia las espectadoras de tales festejos abarcaron un amplio espectro, que iba desde la reina y las esposas de los altos cortesanos, a las nobles de la ciudad y reino, cómodamente instaladas en los cadalsos y miradores preparados al efecto, en lugares privilegiados, mientras que las mujeres del pueblo asistían a estas diversiones mezcladas con el resto de los presentes. Las damas no eran simples espectadoras sino que también se las consultaba a la hora de la adjudicación de los premios y servían de estímulo a los combatientes, que buscaban demostrar ante su dama sus habilidades frente al contrario y conquistar el favor de su dama. El filósofo y pedagogo valenciano Joan Lluís Vives en su *Instrucción de la mujer cristiana* nos dejó este testimonio de la estancia de las damas en las justas: “Oigo decir que en algunas ciudades y lugares, las doncellas nobles van muy de grado a mirar los torneos y justas, y que ellas son jueces de quien es más valeroso y esforzado en las armas; y de otra parte los caballeros dicen que tienen más temor de la censura y juicio de ellas que de los hombres”²².

También en mayo de 1528 en la carta que el doctor Francisco de Villalobos envió al arzobispo de Toledo, Alonso de Fonseca, narrándole los festejos con que el soberano fue obsequiado en Valencia, queda reflejado el papel de la dama en el juego de cañas en el que participó, cuando dice de él que era “el más gentil hombre, no falta sino que le adoren todas las damas de Valencia, que son tantas y tan gentiles como adelante verá”²³

2.3. La escenografía

De “arquitectura efímera” se ha calificado los escenarios, más o menos aparatosos, preparados para fiestas y espectáculos desde el Medieval al Barroco, ya que se preparaban para atender las necesidades de los contrincantes y espectadores. La presencia del rey y su corte daba lugar en ocasiones a complicados y suntuosos escenarios, en los que se plasmaba la vertiente guerrera, religiosa del monarca, sin olvidar los elementos mitológicos y exóticos que nos lo presentaban como un personaje sobrehumano. Para las justas celebradas en Valencia en 1426 se encargó al carpintero real Pascual Esteve la elaboración de tres grandes entremeses construidos sobre tres carros, encima de los cuales había una silla con una diosa llevando una corona en la cabeza y un pomo de oro, mientras que otros especialistas levantaron el castillo del hada Morgana. Y en 1427

²² Juan Luis VIVES, *Formación de la mujer cristiana (Institutio Foeminae christianae)*, Obras Completas, ed. M. Aguilar, 1947. Primera reimpresión ed. Generalitat Valenciana, Valencia, 1992, 1, p. 1002.

²³ *Carta del doctor Francisco de Villalobos*. La reproduce íntegra Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...*, p. 189.

en otro combate, en el que participó el rey, intervinieron doce salvajes, vestidos con ropas de cáñamo y llevando cabezas de cartón moldeadas²⁴.

2.4. *Un espectáculo costoso*

Torneos, justas y desafíos eran eventos muy costosos, que sólo estaban al alcance de los monarcas y aristócratas, convirtiéndose en parte de las fiestas cortesanas y de las ceremonias de la realeza: entradas reales, bodas, nacimientos de príncipes, etc. El municipio valenciano colaboraba de forma destacada en dichos desembolsos con la construcción de los entablados, premios, banquetes, etc., aunque tan elevados gastos en ocasiones generaban tiras y aflojas entre la Corona y la ciudad de Valencia, como en el combate entre franceses y gascones celebrado en 1407. El 11 de mayo, el rey pidió al *Consell* que corriera con los gastos, pero, como ya había sucedido en otras ocasiones, se denegó dicha petición, aunque los jurados levantaron el entablado donde el rey Martín el Humano presenció la fiesta, acompañado por los jurados y otros prohombres de Barcelona, Xàtiva, Alzira y Perpiñán. También prestó las velas que la ciudad tenía en la atarazana para cubrir el campo de la liza. De la vigilancia del campo se encargó el justicia criminal con gente armada. A todos se les obsequió con pan, frutas y vino, a costa de la ciudad.

3. Los torneos

Los torneos surgieron a mediados del siglo XII en las tierras de Flandes y del norte de Francia como alternativa a la guerra. La definición de torneo que nos da el *Diccionario de la Real Academia Española* es muy clara y escueta: Combate a caballo que se celebraba entre dos bandos opuestos. A partir de aquí se incluyen en la misma otras actividades comparables, como era el caso de la justa, ya que el torneo podía tener diversas formas, desde la “*melée*” del siglo XII a las citadas justas, la forma más difundida a fines de la Edad Media. No voy a detenerme en la historia de los torneos, sus reglas y la evolución de los mismos, bien conocidas y repetidas en numerosas ocasiones, puesto que mi objetivo es recuperar para la memoria histórica el papel que tales torneos tuvieron en el reino de Valencia y su papel como punto de encuentro social²⁵.

²⁴ Juan Vicente GARCÍA MARSILLA, *Art i societat a la València medieval*, Valencia, 2011, p. 250.

²⁵ A las ya citadas obra de Martí de Riquer podemos añadir estas otras referidas a torneos y justas: Eloy BENITO RUANO, “La guerra imaginaria. Las justas y los torneos”, *Castillos medievales del reino de León*, León, 1989, pp. 35-45; J. J. CAPEL SÁNCHEZ, *La vida lúdica en la Murcia bajomedieval*, Murcia, 2000; P. M. CÁTEDRA, “Fiestas caballerescas en tiempos de Carlos V”, *La fiesta en la Europa de Carlos V*, Madrid, 2000, pp. 93-117; Rosana DE ANDRÉS DÍAZ, “Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastámara”, *En la España Medieval*, 6 (1986), pp. 81-108. En concreto pp. 98-100; F. J. FLORES ARROYUELO, “El torneo caballeresco. De la preparación militar a la fiesta y representación teatral”, *Medioevo y literatura: actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Granada, 1995, pp. 257-278; Miguel Ángel, LADERO QUESADA, *Las fiestas en la cultura medieval*, ed. Aretés, Barcelona, 2004; J. L. MARTÍN Y L. SERRANO PIEDECASAS, “Tratados de caballería. Desafíos, justas y torneos”, *Espacio, Tiempo y Forma*, 111/4

3.1. Un poco de historia

Los autores peninsulares que se han ocupado del tema consideran que el primer torneo documentado en la península ibérica tuvo lugar en Valencia a raíz del encuentro entre Jaime I de Aragón y Alfonso X de Castilla, en noviembre-diciembre del año 1274²⁶. Pero años antes, durante la conquista del Sharq al-Andalus por Jaime I proliferaron los duelos y combates entre caballeros de uno y otro bando, a los que se califica como torneos. Así durante el sitio de Valencia, 1238, “*E’ls sarrain̄s estrenguerense en tal manera que no osaren exir a nós sinó de torneig que aurien ab alguns de la ost*”, (los moros se entretenían de tal manera que sólo osaban salir a tornear con algunos de la hueste [de Jaime I]). Y durante el sitio de Biar, 1245, los caballeros cristianos pasaban los días torneando: “*E poch̄s dies errava que’ls nostres no haguessen torneig gran ab los de la vila*” (Y había pocos días que los nuestros no tuvieran torneo con los de la villa), hasta su rendición²⁷.

Sin embargo fue el siglo XV, en el ocaso de la caballería, cuando más torneos hubo en el reino de Valencia, incluso en pequeños lugares, lejos de los grandes núcleos de población, como el acto de batalla y las paces que tuvieron lugar entre los castellanos Martín de la Riva y Ferrando de Tapia en presencia del infante de Aragón don Enrique, delegado por su majestad el rey de Aragón, Juan II. Se ha conservado el acta notarial levantada por el notario de Valencia Jaume Guisquerol y es tan rico en su contenido que vale la pena describirlo –y leerlo– con minuciosidad para que nos podamos hacer una idea aproximada de lo que suponía un espectáculo como éste en un pequeño lugar de La Plana de Castellón y de la trascendencia que estos hechos de armas seguían teniendo entre los nobles, ya que, además de dejar limpio el honor, ponían a prueba la destreza en el manejo de las armas y dejaban patente su preeminencia social, señalando la jerarquía de las fortunas y de los rangos²⁸.

Todo empezó el domingo primer día de octubre de 1469, temprano, cuando a la hora de vísperas o aproximada, en la Vall d’Uixó, en el lugar de la Alcudia, perteneciente al infante don Enrique, hijo del difunto infante de Aragón y maestre de Santiago don Enrique, junto a un nutrido grupo de personas iba a contemplar un singular hecho de armas. Para ello se había construido un catafalco cubierto de paños de raso con el dosel

(1991), pp. 161-242. *La civiltat del torneig (secc. XII-XVI)*. *Giosstre e torneig fra Medioevo ed età moderna*, Nami, 1990; E. VAN DEN NESTEN, *Tournois, joutes, pas d’armes dans les villes de Flandre à la fin du Moyen Âge (1300-1486)*, París, 1996.

²⁶ JAUME I, Bernat DESCLOT, Ramon MUNTANER, Pere III, *Les quatre grans cròniques*. Revisió del text, prólegs i notes de Ferran SOLDEVILA, ed. Selecta, Barcelona, 1971, p. 260 y 357.

²⁷ Prólegs i notes de Ferran SOLDEVILA, ed. Selecta, Barcelona, 1971, p.

²⁸ ARCHIVO DE PROTOCOLOS DEL REAL COLEGIO DE CORPUS CHRISTI, Protocolos de Jaume Gisquerol, nº 235. Sin foliar. 1-X-1469. Aunque el nombre correcto del notario, como él mismo indica en el documento es Guisquerol, en el catálogo de los protocolos del citado archivo sus recopiladores escribieron Gisquerol. F. ANDRÉS ROBRES, J. M. CRUSELLES, M^a E. RIBES TRAYER, L. TOLOSA ROBLEDÓ y V. VALLÉS BORRÁS, *Inventario de fondos notariales del Real Colegio Seminario de Corpus Christi de Valencia*, Conselleria de cultura, Valencia, 1990.

de brocado carmesí. El infante presidía el acto como juez que era y estaba sentado en una silla y a su alrededor muchos nobles, barones, caballeros y gentilhombres, es decir todas las categorías nobiliarias del reino, en un catafalco cuadrado, que estaba puesto dentro de una gran liza o palenque hecho de madera, en un campo de la huerta del lugar. Fuera del palenque, a levante, había un pabellón o tienda, y a poniente otro pabellón. El palenque estaba custodiado por mosén Joan Torrelles, caballero y comendador de Fadrell, elegido por los combatientes, con más de cien hombres a pie armados.

El notario de la contienda, el citado Jaume Guisquerol, a instancia de mossén Torrelles ordenó llamar a Martí Díes, trompeta, y prohibió que nadie, bajo pena de muerte, se acercara al palenque. Hecho este pregón el infante don Enrique requirió al notario y expuso que, a instancia del rey de Aragón, su tío, él asignó a Martín de la Riva y a Ferrando de Tapia, donceles –del segundo se dice que lo era del rey de Aragón, para luchar y así cumplir el desafío de batalla que entre ellos se había pactado.

A continuación el infante ordenó al Rey de Armas, que lo era del monarca aragonés, que fuera a las tiendas que estaban fuera del palenque y comprobara si allí estaban de la Riva y Tapia. Así lo hizo, regresando y dándole cuenta de la presencia en las tiendas de los combatientes.

El infante nombró padrinos de la Riva al caballero mossèn Joan Escrivà, alias Çanoguera, a Montagut de Montagut, doncel de Valencia, mientras que Tapia eligió como padrinos a los magníficos Gaspar Fabra y Francesc Agulló, donceles de Valencia. Como fieles fueron elegidos los nobles mossèn Galcerà de Vilanova, mossèn Corberà d’Alet, mossèn Jofré de Monpalau, mossèn Antoni Joan, caballeros, y Joanot Ram, alias Escrivà, doncel, todos ellos de Valencia, a quienes el infante les dio autoridad para ejercer en el campo de batalla todo lo que estaba permitido por las reglas de la caballería y lo dispuesto en las cartas de batalla acordadas entre los combatientes. En éstas se había convenido que ambos combatirían a caballo con caballos de la jineta, corazas, capacete, “*cuxots*”, espadas de cuatro palmos de hierro, que corten por las dos partes, y una mano de empuñadura y puñales de un palmo de cuchilla, así como lanzas de trece palmos de asta y un palmo de hierro.

Porsinant, como Rey de Armas citado, ordenó a los combatientes y padrinos que de inmediato llevaran ante él las armas, al medio de la plaza, donde estaba el catafalco del infante, en presencia de los padrinos. Éstos, de inmediato, hicieron pasar un cubreacémila en medio del campo frente al catafalco del infante e hicieron llevar allí las armas, y el infante y demás asistentes pesaron las corazas y midieron las armas. Se aceptó por todos los implicados los pesos y medidas de las mismas, siendo selladas y conducidas a las tiendas de los respectivos duelistas, disponiendo luego el Rey de Armas a los padrinos que armaran a de la Riva y a Tapia.

El infante ordenó al Rey de Armas que fuera a las tiendas de cada uno y que ellos y sus padrinos acudieran ante él para tomarles juramento, y a continuación don Enrique les ordenó que cabalgaran en sus rocines y tomaran lanzas y adargas, preparándose para la batalla. Por su parte los trompetas pregonaron que el infante era el juez asignado por

el rey en el citado desafío y ordenaron que todos salieran saliera del palenque y que nadie hiciera señal de palabra o de hecho a los combatientes, o los estorbaran, bajo pena de muerte.

Don Enrique ordenó al Rey de Armas y a los contendientes, que estaban a caballo y armados, que entraran dos o tres pasos en el palenque y que no se movieran hasta que se dieran los tres toques de trompeta acostumbrados, a lo que de la Riva y Tapia se avinieron. Entraron en el palenque montados a la jineta y los padrinos respectivos se pusieron al lado de ambos, y mossèn Galcerà de Vilanova, fiel, en medio de la liza, apartado un poco del lugar donde iban a producirse los encuentros. El infante ordenó a cuatro criados suyos que fueran junto a los contendientes y les sujetaran los respectivos rocines y que no dejaran actuar a los combatientes hasta que no sonaran los tres toques de trompeta.

Don Enrique ordenó a Martín, el trompeta, que estaba sentado en las gradas que subiera al catafalco, que diera los tres toques y el rey de armas hiciera el pregón correspondiente, que decía: “*lexe-los aler per fer llur dever*” (dejadlos ir a cumplir con su deber), frase que se repitió tres veces, dejando entre una y otra el espacio de tiempo de dos credos. Luego el infante, transcurrido el espacio de un credo dijo: “*Deixatlos ells o hòmens dexeu*”. Y los dejaron.

Comienza el combate y el espectáculo. De inmediato de la Riva y Tapia picaron espuelas “*varonilment*” a los caballos y se dieron diversos golpes y lucharon por espacio de dos Credos, más o menos nos dice el notario, arremetiendo los caballos uno contra otro. Primero atacó de la Riva y luego Tapia, que descargó un lanzada contra de la Riva y le dio en el pecho por debajo de la adarga. De la Riva arrojó otra lanzada a Tapia que le dio casi en medio de la adarga y le pasó una braza de panza, más o menos, quedando herido el caballo de Tapia en medio de la oreja izquierda, saliendo mucha sangre, sin que de la Riva pudiera descargar la lanza, ya que se había enganchado en la adarga de Tapia. De la Riva tuvo que dejar la lanza, perdiéndola. De la Tapia teniendo su adarga en la mano a causa del mucho peso que tenía, debido a la lanza de de la Riva, tuvo que arrojarla a tierra, junto con la citada lanza, llevando su caballo hasta la parte del palenque donde se hallaba la tienda de de la Riva. Tapia, por su parte, giró el caballo con su lanza en la mano, pretendiendo darle un golpe de lanza a de la Riva, pero éste al estar tan cerca de Tapia echó mano de la espada y dio un golpe en el capacete de Tapia. De inmediato, el infante tiró su bastón en medio del palenque e igual hicieron los árbitros con sus bastones. Todavía con las espadas en la mano conversaron los contendientes y acordaron retirarse del palenque, comprobándose que de la Riva tenía una pequeña herida en la mano.

Don Enrique conversó con algunos consejeros suyos y ordenó que se les retiraran a ambos las armas, les hizo venir a caballo y estando así ante el infante pronunció sentencia como juez del combate, tras comprobar en presencia de todos los asistentes las cartas de requerimiento hechas por de la Riva a Tapia y verificadas las armas empleadas. La sentencia, hecha bajo la invocación de Jesucristo, para darle más peso, declaró que,

después de haber visto el combate lo consideraba suficiente para que las ofensas de uno y otro se dieran por canceladas y que ambos, de la Riva y Tapia, quedaran desligados de todo lo especificado en sus respectivos desafíos. Se consideró finalizada la batalla y se les ordenó que fueran verdaderos amigos en el futuro y que no pudieran disputar por aquellas razones.

Los combatientes no aceptaron el veredicto y replicaron que querían seguir luchando. De la Riva replicó al infante: “*Senyor dexar venir a fin la dita batalla porque los miradores vean complidamente mi verdad, e vosotros, caballeros, sietme testigos como está la batalla*”. Y Tapia le dijo al infante; “*Io soi aquí por facer todo quanto vos Martín de la Riva quereys*” (en castellano). De la Riva dijo que buscaría otro juez si el infante no dejaba terminar la batalla, en tanto que Tapia le pidió que le permitiera acabarla, ya que así se lo había prometido: “*E vos, Martín de la Riva, si no estáis contento de lo que el senyor infante ha declarado haveys tenido libertad en vostras cartas de buscar jutges quien nos de cumplimiento a nostra batalla, e buscarlo que yo us seguiré*”.

Dijo don Enrique: “*Callad vosotros y no más que ya es dada la sentencia entre vosotros e yo os tengo por buenos y fieles*”. Les ordenó descabalgar y apearse a la vez que el infante se levantó de su silla y bajó del catafalco, tomó las manos de los contendientes y dijo: “*¿Vosotros me prometéis que por esto no debatréis e sereis buenos amigos, e loays e aprobays la dicha nuestra sentencia?*” Los contendientes la aprobaron y prometieron ser buenos amigos, quedando así a salvo el honor de ambos.

El infante tomó por la mano derecha a de la Riva y a Tapia con la izquierda y los sacó de la liza de frente al catafalco y ordenó romper la liza para que todos los asistentes pudieran salir, todo ello en medio del sonido de las trompetas y por detrás los estandartes con los escudos de cada uno de aquellos, que llevaban dos hombres a caballo hasta un banco o cabalgador que estaba en medio de aquellos y del infante, a los que dio permiso para ir a desarmarse a la vez que los invitaba a cenar, invitación que aceptaron.

Actuaron como testigos de todo el relato notarial Joan de Cardona, señor de los valles de Guadalest y de Confrides y de los lugares de la Huerta de Gandía, el noble Galvany Pardo de la Casta, caballero, y Jofré de Vallterra, doncel, todos residentes en Valencia. Finalmente los contendientes firmaron paz y tregua con una duración de ciento un años, tras prestar juramento ante los evangelios y el caballero Antoni Joan, comisionado por el infante Enrique a tal fin. Los transgresores incurrirían en pena de traición, según fuero de Aragón y “*costum e constitució*” de Cataluña, siendo condenados a ser “*rosegat a coll de bestia e après ésser degolat e esquartejat*”, además de una multa de 5.000 florines, pagaderos la mitad al infante y la otra mitad a la parte que sufra la injuria²⁹.

²⁹ El infante don Enrique aspiró al trono castellano apoyando a Juana la Beltraneja frente a Isabel. Fracasado regresó a Aragón, su patria adoptiva, sirviendo como leal vasallo a Juan II y luego a su primo Fernando II, cuya madre le había encargado que cuidara a don Enrique como el hijo de su hermana. Fue duque de Segorbe y respetado por sus vasallos y la nobleza del reino. Nada se sabe de quiénes eran los combatientes.

3.2. *El juego de alcancía y un torneo para Felipe II*

Cien años después de la batalla arriba narrada, en abril de 1564, visitó Valencia el nuevo monarca Felipe II, al que, tras su entrada en la capital del reino, entre los muchos festejos de que fue objeto se le obsequió con un juego de alcancías en el llano del Real. Es la primera vez que las fuentes valencianas nos dan a conocer este juego de alcancías, que era una especie de torneo en que un grupo de jinetes a caballo contendían arrojándose alcancías rellenas de ceniza o flores que, en el mejor de los casos, se estrellaban en la adarga o en el escudo. También se repitió esta competición durante los festejos celebrados con motivo de la boda en nuestra ciudad de Felipe III y de su hermana Isabel en 1599. Más vistoso y emocionante, sin duda, fue el torneo celebrado delante de la Lonja el día 25 de este mes, que empezó después del toque de oraciones y duró hasta medianoche, algo poco frecuente en estos espectáculos caballerescos. El rey lo contempló desde una ventana y las damas desde los escalones, y una vez finalizado pasaron todos al interior donde el municipio les obsequió con una opípara y costosa cena –917 libras– que duró hasta las cuatro de la mañana. Esta cena y sarao fue una novedad en las visitas reales, que se reprodujo en sucesivos eventos de este tipo.

Todavía a finales del siglo XVI seguían celebrándose torneos, donde la nobleza desplegaba todo su lujo y poderío ante los asombrados espectadores, como sucedió el 24 de septiembre de 1590 a raíz del casamiento de doña Lucrecia de Moncada, hija del marqués de Aytona, con don Francisco Palafox, señor de Ariza, todos ellos perteneciente a lo más granado del estamento aristocrático. Tal fue el impacto que causó en su momento el torneo –aunque en realidad parece que fue un juego de cañas– que dio lugar a la comedia en verso titulada *El Prado de Valencia*, compuesta por el canónigo Tárrega, en el barroco lenguaje de la época, reproducida por primera vez por S. Carreres en su recopilación de festejos valencianos. El marco escogido, según el poeta, fue la plaza mayor y dado que en Valencia no existe ningún topónimo ni plaza así llamado cabe pensar que fuera en el Mercado, lugar habitual para estos encuentros. Por la farragosa poesía van desfilando los participantes, todos ellos destacados miembros de la nobleza valenciana, desde los Mercader, Zapata, Calatayud, Híjar y, Monpalau, a los Pardo, Carroz, Ferrer, Valterra o Borja. En total 92 caballeros, con sus hijos o parientes, que jugaron a cuatro por escuadra y por hilera, siendo los mantenedores cuatro personajes de los linajes Vic, Pellicer, Sanoguera. Más que los lances en sí lo que le interesaba al poeta era destacar la riqueza del vestuario de los participantes y sus divisas, a cual más lujoso, unas galas en la que los terciopelos y los tejidos de oro y seda, guarnecidos de oro y plata, fascinaron a los asistentes y al autor del *Prado de Valencia*, que termina con estos versos: “Y estos noventa y dos gallardos soles,/ de telas, plata, y oro, y terciopelo/ vestidos, con hacer mil caracoles/ en su esfera suspenden al del cielo”³⁰.

³⁰ Francisco Agustín TÁRREGA, *La famosa comedia del Prado de Valencia*, [Valencia ¿] [1ª mitad siglo XVII]; José Luis CANET VALLÉS, *El Prado de Valencia*, ed. Tamesis Books, London, 1984, p. 145; citado en Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* pp. 168-172.

Hay noticia de un torneo celebrado en Valencia a comienzos del año 1592, del que sólo tenemos constancia por el *Cancionero de los Nocturnos*³¹, y sabemos que fue “a tres encuentros de pica/ y a cinco golpes de spada”, siendo mantenedor del mismo el noble Gaspar Mercader, precedido de diez padrinos, ataviados lujosamente. Así Mercader:

una pirámide lleva
por empresa en la celada
y en el remate una bola
que una pluma verde abraza.

El gusto por las divisas y el amor hacia la dama todavía seguían vigente en el espíritu de estos caballeros, como se ve en el noble Antoni de Cardona, que vestía de leonado y plata

Y una muerte que tenía
entre ellas una palma
una corona y un mote,
que arguye incierta bonanza,
porque dize “Si tus manos
me niegan esta guirnalda,
las de la muerte piadosa
la darán, pues me la guardan.

3.3. Torneos en la boda de Felipe III

Los últimos torneos de esta centuria estuvieron motivados por la boda de Felipe III con la archiduquesa Margarita de Austria, patrocinada por el valido, el duque de Lerma, y celebrada en Valencia el 18 de abril de 1599, en la que la ciudad desplegó toda su maquinaria de organización y hacendística al servicio de la monarquía, incluida la relación impresa de estos acontecimientos, en los que estuvo presente, por ejemplo, Lope de Vega (hay obras al respecto de Lope, Gaspar Aguilar o Felipe de Gauna, entre otros muchos opúsculos)³². Durante unos meses Valencia se convirtió en sede de la corte y nunca hasta entonces se vieron unas fiestas tan espectaculares como estas, comenzando ya en Denia, donde entre los festejos celebrados figuraba un torneo, en el que rompieron lanzas ocho caballeros en presencia del monarca y sus cortesanos y tanto fue el empeño que pusieron en el combate que tuvieron de intervenir los padrinos para detenerlo, retirándose todos con las espadas altas, como era costumbre.

³¹ *Cancionero de la Academia de los Nocturnos de Valencia / extractado de sus actas originales por Pedro Salvá; y reimpresso con adiciones y notas de Francisco Martí Grajales*, ed. Francisco Vives Mora, Valencia, 1905-1912. pp. 177 v-179 r. Lo cita Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...*p. 174.

³² Felipe de GAUNA, *Relación de las fiestas celebradas en Valencia con motivo del casamiento de Felipe III*, ed. Acción Bibliográfica Valenciana, Valencia, 1926. 2 vols. El estudio introductorio es de Salvador Carreres Zacarés y recoge todas las obras publicadas en su momento en Europa a raíz de este matrimonio.

En Valencia el día de la boda se corrieron alcancías; hubo toros y cañas en el Mercado; un torneo en la misma plaza patrocinado por la Generalidad del reino, que costó 30.000 ducados, siendo mantenido el torneo por los marqueses de Guadalest y de Navarrés³³. La ciudad, por su parte costeó otra justa, ofreciendo como premio dos cadenas y una sortija de diamantes. Es imposible detenerse con detalle en estos torneos, que dejaron muy complacidos a los soberanos y asombrados a los espectadores, aunque vale la pena recordar la exhibición en la vestimenta de la que hicieron gala los participantes y que recogen todos los cronistas, al describir minuciosamente el traje, calidad de los tejidos, adornos y colores: “vestido de plata y azul”, “raso naranjado”, “raso amarillo y blanco todo cubierto de oro y plata, sembradas muchas piedras, diamantes, rubíes y esmeraldas”, etc.; los paramentos: “paramentos de los caballos y tonelete, con muchas perlas y otras finas piedras con infinitos espejuelos” para simular que iba vestido de diamantes; penachos, indicando el color de las plumas: “de azules plumas y blancas”, “vistoso penacho muy galán”, etc., así como la cimera, sobre la que se portan las empresas.

Éste era un complemento esencial en la vestimenta y dichas empresas se componían de una imagen y de un mote en verso que estaban estrechamente relacionados y que expresaban un mensaje del caballero portador, ya fuera de tono amoroso, referido a alguna cualidad de su propia persona o al rey. Abarcaban los más variados motivos, desde animales y figuras humanas a montañas, la torre de Babilonia, las ruinas de Sagunto, dioses paganos y elementos mitológicos, etc., con motes en verso.

También, entre otros, el caballero Gilles de Faing, señor de la Cronée, nos dejó un relato del viaje del archiduque Alberto de Austria a España en 1598, donde narra los festejos y la boda del archiduque con la infanta Isabel Clara Eugenia, simultánea a la de Felipe III, y nos cuenta el torneo nocturno habido el 20 de abril: “Desde allí, después de haberse retirado, se puso un torneo de treinta caballeros naturales de Valencia, con doce padrinos. Algunos combatieron por los premios, que fueron entregados por las damas. Los jueces eran: el príncipe de Orange, el duque de Aumale y el conde de Fuentes. El torneo duró hasta las dos, después de medianoche”³⁴.

Por último, señalar que en el Seiscientos el torneo más destacado en Valencia lo fue con ocasión de la boda de Carlos II con María Ana de Neuburg en 1690, a petición del propio monarca a la ciudad. Tuvo lugar el 14 de mayo en el llano del Real y duró siete horas, participando como mantenedor Guillem de Rocafull y Rocabertí, conde de Peralada y Albaterra, y diez combatientes. Los jueces fueron Joan Andrés Coloma, conde de Elda; Josep de Castellví, marqués de Villatorcas, y Antoni Carrós, marqués de Mirasol, que adjudicaron los premios de mejor torneante al conde de Albaterra; de mejor galán al conde del real y de mejor empresa a Josep Sarnesio³⁵.

³³ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...*, p. 177.

³⁴ G. FAING, “Viaje del archiduque Alberto a España en 1598”, José GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1952, I, p. 1497.

³⁵ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* p. 305.

4. Las justas

Y junto al torneo encontramos las justas (“*Gestech*”, “*joute*”, “*giostra*”), que eran combates singulares de hombre a hombre, que tenían lugar antes de que se iniciase el torneo en grupo, la batalla simulada, donde se hacía gala del valor personal y el público se divertía, en un espectáculo que solía formar parte de grandes acontecimientos, como entradas de reyes, miembros de la casa real, bodas, etc.³⁶ Los participantes lucían ostentosos paramentos en sus arreos, caballos y armas, y con frecuencia el combate era a caballo, buscando quebrar la lanza del contrario, con los consiguientes peligros por caídas, perforaciones, etc., y rara era la fiesta en la que alguien no saliera malparado. El encuentro se realizaba en la liza o palenque, un recinto cerrado de madera, separado el campo por una tela, con catafalcos para sentarse autoridades, jueces y público destacado, así como los escribanos, reyes de armas, etc., mientras que el resto de los espectadores permanecían de pie. En algunos casos se realizaban entremeses que animaban el espectáculo y al finalizar éste era normal celebrar un banquete, ofrecido por las autoridades locales o la parte organizadora.

En ocasiones los textos hablan de *correr puntas*, cuyo nombre deriva de las lanzas llamadas de puntas de diamante, y tiene el sentido de lucha en campo cerrado. Jaume Roig en el *Spill* anotó: “*feya sovent / fer belles juntes; / he córrer puntas/ hi tornejat, / durant lo temps clar*”³⁷.

Estos torneos, justas y desafíos caballerescos abundaron en la Valencia de los siglos XIV y XV, gracias en muchos casos a la iniciativa de la Corona, pues el torneo es cada vez más un espectáculo monárquico y de las autoridades locales, que trataban de atraer a la ciudad a los contendientes, ofreciéndola como campo abierto a sus desafíos³⁸. Ya en las actas municipales del año 1351 con motivo del regreso de Pedro el Ceremonioso desde Cerdeña se celebraron “*justes, borns, balls*.” (justas, torneos, bailes).³⁹, aunque hubo que esperar a que cesara la guerra entre las Coronas de Aragón y de Castilla, la conocida como guerra de los dos Pedros, que tantas dificultades causó en el reino de Valencia, para que los espectáculos caballerescos comenzaran a ser habituales en la capital del reino. En agosto de 1371 las actas municipales nos dan cuenta que Pedro IV había asegurado campo de batalla a dos grandes caballeros y barones, uno francés

³⁶ D. BALESTRACCI, *La festa in armi. Giostre, tornei e giochi del Medioevo*, Roma-Bari, 2001; R. BARBER y J. BARKER, *Tournaments, Jousts, Chivalry and Pageants in the Middle Ages*, Woodbridge, 1989; Jacques HEERS, *Fêtes, jeux et joutes dans les sociétés de l'Occident à l'afin du Moyen Âge*, Montréal-Paris, 1971 (repr. 1982).

³⁷ Jaume ROIG, *Spill*... p. 45.

³⁸ T. F. RUIZ, “Fiestas, torneos y símbolos de la realeza en la Castilla del siglo XV. Las fiestas de Valladolid de 1428”, *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media* (A. Rucquoi, ed.), Valladolid, 1988, pp. 249-265; José Enrique RUIZ DOMÉNEC, “El torneo como espectáculo en la España de los siglos XV-XVI”, en *La civiltà del torneo (sec. XII-XVII). Giostre e tornei tra Medioevo ed età Moderna*, Narni, 1990, pp. 159-195.

³⁹ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Libre de memories de diversos sucesos e fets memorables e de coses senyalades de la ciutat e regne de Valencia (1308-1644)*, ed. Acció Bibliogràfica Valenciana, Valencia, 1930. p. 48.

y otro inglés (estamos en la guerra de los Cien Años), en la ciudad de Valencia. Se preparó el palenque por las autoridades, vinieron los contendientes y se hicieron los preparativos, pero la batalla no llegó a tener lugar, ya que los caballeros no se pusieron de acuerdo sobre la forma de realizarla y regresaron a sus tierras de origen. Este final no era infrecuente, pues a menudo las partes se enzarzaban en largas disputas sobre las armas a utilizar, preeminencias, escenarios de la justa, etc.

Las autoridades municipales se mostraban orgullosas y consideraban un honor para Valencia que el rey hubiera preferido esta ciudad a las otras de su señoría, sobre todo porque la presencia de las comitivas de ambos caballeros produjo grandes beneficios económicos para los habitantes de la ciudad, a causa de las muchas gentes llegadas de otros lugares (*“moltes e grans gents de diverses terres que eren vengudes”*) para ver el combate y que aquí gastaban su dinero. Aunque no todo eran parabienes y las mismas autoridades se quejaban porque hubo que pagar lo que costó el campo de batalla, para lo cual hubo que talar árboles y trigos, así como los daños causados a los campos de labor, los palenques, los catafalcos, los salarios de los empleados, etc. hasta la elevada suma de mil libras (20.000 sueldos), una cantidad astronómica, si tenemos en cuenta que un jornal oscilaba entre tres y cuatro sueldos. El rey, a quien se reclamaba este dinero, jugó al despiste y alegó que como no tenía dinero en sus arcas por causa de las guerras de Cerdeña, que lo pagaran los jurados de la ciudad, aunque éstos alegaron que tampoco lo tenían⁴⁰.

Y es que en las fiestas de caballería el factor económico, del que tenemos pocos detalles concretos, era un elemento clave, pues montar el palenque con los catafalcos, las tiendas para alojar a los participantes e invitados en el acto, la alimentación de las personas y animales, mantener la pompa y esplendor de los caballeros, todo esto era muy caro y explica la reticencia de los jurados de Valencia a celebrar estos espectáculos con dinero público. Sin embargo ello no impidió que en el verano de 1373 con motivo de la estancia en la capital del infante Juan, primogénito, y de su esposa Mata de Armagnac se dispusiera tener *“taules de junyer”*, es decir celebrar justas⁴¹.

El nacimiento del primogénito de los monarcas siempre fue motivo de regocijo para los súbditos del rey de Aragón, pues garantizaba la continuidad dinástica. Como ejemplo tenemos lo realizado en Valencia a raíz del nacimiento del heredero de Martín el Humano, donde a comienzos de enero de 1399 los jurados acordaron en demostración de alegría (*“per mostrar major alegria”*) hacer bailes, danzas, torneos y otros actos de regocijo, entre los que figuraban los combates por las calles de la ciudad entre caballeros integrantes de la milicia urbana del Centenar de la Ploma. En ellos hubo que lamentar la pérdida del caballo de uno de los caballeros que bruscamente se encontró con otro jinete en el Mercado, donde justaba, quedando lisiado del golpe, por lo que reclamaba a

⁴⁰ A.M.V. Manual de Consells, A-17, fol. 19 v-20 r.

⁴¹ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Libre de memories ...*, pp. 102-103. En ellas participaron tres nobles: Antoni de Vilaragut, Ramon de Soler y Francés d’Esplugues, y dos ciudadanos: Ramon de Riusech y Jaume Romeu, ciudadanos. Antoni de Vilaragut justó en nombre de su padre, Ramon Costa, que había sido desterrado de la ciudad a causa de los bandos nobiliarios existentes en aquel momento en Valencia.

los jurados que le pagaran el precio del caballo, ya que su pérdida se produjo mientras estaba al servicio de la ciudad⁴².

Las luchas de bandos provocaron a finales del siglo XIV y comienzos del XV un estado de inquietud e inseguridad generalizado en muchas ciudades y villas valencianas, que repercutió en la celebración de torneos. Así lo manifestaron los jurados de Valencia el 12 de diciembre de 1399 en la carta remitida al barón mossèn Ot de Moncada al enterarse que en su lugar de Chiva, en año nuevo y durante dos días siguientes tendrían lugar justas y otros hechos de armas. Y si antaño tales prácticas se hacían “*per mostrar art de cavalleria*”, en el momento actual, con los bandos en plena efervescencia, los jurados consideraban que era muy peligroso por las armas utilizadas, que no traían sino golpes mortales y escándalos. Por ello le pedían que renunciara a dicho torneo y juegos o se verían obligados a acudir a toda clase de soluciones legales, incluida la apelación al monarca. Desconocemos si el barón se plegó a la petición del *Consell* de la ciudad⁴³.

Pero a pesar de esta postura contraria de los jurados de Valencia, la capital del reino siguió siendo escenario en el siglo XV de estos desafíos caballerescos entre personajes valencianos o extranjeros. Algunos de ellos los conocemos por las noticias que nos dejaron en las actas municipales, crónicas y dietarios, como el que tuvo lugar el 30 de mayo de 1407 durante la estancia de Martín el Humano y su corte en Valencia y aprovechando las bodas de su hermana la infanta Isabel con Jaime, conde de Urgel. Participaron Jean de Werchin, senescal de Hainaut, un caballero aventurero que recorría la península, donde hizo armas siete veces; Jacques de Montenay, Tanneguy du Chastel (hermano de Guillaume, muerto tres años antes) y Jean Carmen⁴⁴.

Del lance tenemos una pormenorizada descripción en las *Chroniques* de Enguerrand de Monstrelet (lib. 1, cap. XIX) Según el cronista borgoñón la batalla se celebró en “*Valence la Grande*”, y fue de cuatro contra cuatro, estando concertada con hachas, espadas y dagas hasta la muerte. El rey se situó en el cadalso principal acompañado del duque de Gandía y de los condes de Cardona y de Denia, mientras cuarenta hombres de armas guardaban las lizas y había dos pequeñas tiendas para que reposaran los luchadores. Los aragoneses eran los requeridores y primero entraron en liza los franceses, para hacerlo hora y media después –eran ya las cinco de la tarde– los aragoneses, y el rey, mientras tanto, intentó suspender la batalla y reconciliar a los adversarios, pero éstos se negaron. El rey de armas Aragón dio los gritos acostumbrados, que solían proferirse en francés: “*Laissez-les aller pour faire leur devoir!*”, y los caballeros salieron con las hachas. El senescal de Hainaut luchó con Colomat de Santa Coloma (armado por el rey esa mañana), y le dio un golpe en el bacinete que le obligó a dar media vuelta. Jacques de Montenny dio con el hacha a Pere de Moncada y lo agarró con una mano intentando herirle con la daga. Las otras dos parejas combatían, y a poco rato el rey Martín arrojó

⁴² A.M.V. Manual de Consells, A-21, fol. 245 r.

⁴³ A.M.V. Lletres misives, g3-66, fol. 267 r-v.

⁴⁴ *Dietari del Capellà d'Anfòs el Magnànim*, p. 93 y nota 1. Dice así: “*fonch fet lo camp devant lo real e lo rey en Martí, e foren quatre franceses, de huna part, e moceen Pere de Muncada e tres gascons, de l'altra part, e lo rey va's pendre lo camp e dona'ls per bons e per leals*”.

su bastón al campo y dio por acabada la contienda. Bajó de su cadalso y requirió con amabilidad al senescal y a Colomat para que dejaran de luchar. Los dos adversarios se arrodillaron y el rey les obligó a darse las manos⁴⁵.

La nueva dinastía Trastámara, procedente de Castilla tras el Compromiso de Caspe, era muy aficionada a los espectáculos caballerescos y nos han llegado algunas noticias de los celebrados en Valencia, comenzando por los habidos en diciembre de 1414 con ocasión de la solemne entrada del nuevo monarca, Fernando I, en la capital del reino. Desde la elección en Caspe en 1412 los jurados valentinos fueron preparando la entrada real para que el espectáculo resultara suntuoso, tomándose para ello un censo de 6.000 florines. Además de los regalos al monarca y la entrada en sí misma, lo que ahora nos interesa fueron las justas que se hicieron, para lo cual, dada la magnitud del espectáculo y con el fin de que fuera visto por el mayor número posible de gentes, se escogieron tres escenarios: en la rambla del río, frente al Palacio Real, desde donde el monarca contemplaría las justas; en el Mercado y delante del Real⁴⁶.

En los años veinte de esta centuria y en la citada plaza del Mercado “*corregueren les puntes*” el 28 de abril de 1428 mossèn Bernat Aranyo y mossèn Ortolà; y cuando se produjo el tercer toque de trompeta para dar espuelas con gran orden y bella ceremonia, el rey Alfonso el Magnánimo tomó el campo y los dio por buenos amigos. Todavía resonaban los ruidos de las armas en la mente de los espectadores que acudieron a este duelo, cuando el primer día de agosto fue el propio monarca el que se dispuso a participar en estos juegos caballerescos. Alfonso era un rey al que le gustaban las armas, como demostró en las numerosas campañas bélicas en las que participó durante su vida, sobre todo en Italia, y no desaprovechaba la ocasión para agasajar a sus huéspedes con juegos de caballería. En este caso la justificación fue la venida a Valencia del infante de Portugal, don Pedro, segundogénito del monarca luso, y como compañero de armas del rey de Aragón figuró el destacado noble mosén Ramon Boil, y del infante don Pedro fray Gilabert de Monsoriu, que luego fue maestre de la orden de Montesa, y todos ellos justaron con barones y caballeros valencianos. Como el calor aprieta en Valencia por estas fechas, el rey hizo cubrir el Mercado con toldos azules y rojos, completándose la fiesta con los más variados fastos: desfiles, entremeses, corridas de toros, danzas y un convite, reflejó todo ello de la prodigalidad del rey y la ciudad hacia un huésped tan notable⁴⁷.

También durante el reinado de Juan II, hermano y sucesor de Alfonso V, la ciudad de Valencia se vistió de gala y realizó encuentros entre caballeros para celebrar la presencia real. La fiesta subrayaba así el papel político de ésta en la vida del reino. El monarca hizo su triunfal entrada en Valencia el 8 de febrero de 1459 y el 13 de febrero abrió solemnemente las Cortes del reino en la Seo. Cinco días después se celebraron cinco combates de armas simultáneos, un notable espectáculo que atrajo a numerosos especta-

⁴⁵ Martí de RIQUER, *Caballeros andantes españoles*, ed. Espasa Calpe, Madrid, 1967, pp. 100-102.

⁴⁶ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* p. 59.

⁴⁷ *Dietari del Capellà...* p. 132 y nota 1.

dores de todas las clases sociales, presididos por los monarcas, y participando Pere Bou por el estamento ciudadano, Joan de Castelví por los caballeros y Berenguer Mercader como jurado, Berenguer Martí de Torres como Justicia, y Pere Sanxis de Centelles por los nobles. Los tres primeros guarnecidos con vestidos de seda morada y los otros dos de seda blanca con escudos reales y coronas con grandes divisas, un elemento muy importante en estos combates. Cada uno de los combatientes recibió de la ciudad una subvención de cien timbres de oro. El premio fue un paño de seda que medía veinte alnas, terciopelo carmesí, valorado en cien libras. Se justó, como era costumbre, a cuatro carreras durante dos días, y el ganador fue el noble Joan de Vilarrasa, cuyo prestigio tras esta victoria en presencia de los reyes quedaría notablemente crecido a los ojos de sus iguales y del resto de los ciudadanos⁴⁸.

De estas justas lo que me interesa destacar el simbolismo que rodeaba a sus participantes, miembros de la más selecta nobleza del reino y de la ciudadanía local, que se visualizaba en los lemas y divisas escogidos para sus cascos. Así, Pere Bou llevaba en la cimera el dios del amor, Cupido, con una flecha y saeta; Joan de Castellví un castillo con fuego y la piedra filosofal; Berenguer Mercader un pomo de oro; Berenguer Martí a Venus con mucho fuego y Pere Sanchis de Centelles una víbora (hidra) de oro con siete cabezas. Todo un programa ideológico de nuestros ilustrados oligarcas, que luchaban con armas medievales pero pensaban ya en dioses paganos como guías de sus actos profanos. Esta inspiración mitológica de nuestros nobles es coetánea e idéntica a la que aparece en el *Tirant lo Blanch*, por ejemplo, en el torneo celebrado en Constantinopla con ocasión de la visita de los embajadores del Gran Sultán, o las justas organizadas en Castilla por don Álvaro de Luna⁴⁹.

Nuevas justas hubo en la plaza del Mercado el 10 de junio del citado año 1459, en presencia de la reina, y teniendo como protagonistas al conde de Foix, al conde de Oliva y a don Lluís Cornet, con dos premios para el que acudiera mejor vestido y el que hiciera los dos mejores encuentros. Pero la indisposición de la reina desbarató la fiesta, que se suspendió, siendo sustituida por una cena ofrecida por el conde de Foix a los participantes y caballeros de la corte y de la ciudad, quedando así patente su generosidad y la importancia del banquete como punto de encuentro y de sociabilidad esencial en este tipo de fiestas caballerescas, una vez finalizada la lid. La largueza aristocrática era muy atractiva para los nobles de segunda fila, cuyo espíritu de solidaridad resultaba realzado al recibir invitaciones a participar en estos combates caballerescos. No obstante a finales del mismo mes, el día 25 hubo otras justas mantenidas por cinco caballeros valencianos contra cinco catalanes, a las que también asistieron los reyes, en las que, según los cronistas, hubo violentos encuentros⁵⁰.

⁴⁸ *Dietari del Capellà*...p. 231-232. Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas*, pp. 76-77.

⁴⁹ Rosana DE ANDRÉS DÍAZ, "Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastámara", *En la España Medieval*, V, Madrid, 1986, pp. 81-107; J. L. MARTÍN Y L. SERRANO PIEDECASAS, *Tratados de caballerías. Desafíos, justas y torneos*..., pp. 161-242.

⁵⁰ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas*... p. 77.

El 19 de enero de 1479 falleció en Barcelona el monarca aragonés Juan II, dejando al frente del trono a su hijo Fernando, que ya era rey de Castilla, pero no fue hasta el mes de octubre en que hizo su entrada solemne en la ciudad de Valencia, celebrándose unos espléndidos festejos que costaron al erario municipal nada menos que treinta y cinco mil sueldos. En ellos se incluyó la celebración de justas en el Mercado los días 10 y 11, consistentes en cuatro carreras con encuentro y el vencedor recibiría como premio un bacín de plata, con la condición de justar con lanza de fiesta bulada con la bula de la ciudad⁵¹.

De nuevo el 27 de noviembre 1481 regresaron a Valencia de los reyes de Aragón y de Castilla, Fernando e Isabel, y una vez más se les homenajéo con dos días de justas en el Mercado, como era habitual. En el combate participó también el monarca y veinticuatro aventureros, siendo el premio de diez alnas de brocado verde, que ganaron Franci de Monpalau y Lluís Aguiló⁵².

En el siglo XVI las fiestas caballerescas estuvieron vinculadas, sobre todo, a las entradas de los monarcas en Valencia, como las celebradas en el verano de 1507, cuando procedentes de Nápoles y escoltados por una escuadra mandada por Pedro Navarro, conde de Oliveto, los reyes llegaron al puerto de Valencia. En el Mercado se celebraron las oportunas justas en honor de los reyes, siendo costeadas por la ciudad y teniendo como premio un plato de plata valorado en mil reales, que ganó Franci Joan d'Artés, y un rubí al que llevara la indumentaria más galante, llevándose el trofeo mossèn Joan Mercader⁵³.

A veces era un caballero el que promovía las justas en honor de su dama, como hizo el 25 de septiembre de 1524 Jeroni Vich, embajador de Fernando el Católico y destacado noble de la época, que en la calle de San Vicente de Valencia tuvo un combate de justa real, él sólo, aunque cuando se cansó, cuenta el cronista, lo ayudó Francesc de Rebolledo. Luchó contra diversos aventureros y cada uno de ellos debía romper cuatro lanzas, siendo premio un gran plato de plata valorado en veinte ducados. El dietarista destacó la habilidad de los caballeros y el hecho de que el duelo lo fuera por una dama castellana a la que rendía pleitesía en Valencia, doña Mencía, nieta del cardenal de Sevilla e inquisidor mayor, que luego fue su esposa. Toda una bella demostración de amor por la dama⁵⁴.

Muy sonadas debieron ser las justas organizadas en el Mercado el domingo 17 de mayo de 1528 con motivo de la primera estancia de Carlos I en la capital del reino, y en las actas municipales se las califica de "*grans justes*" (grandes justas). Para presenciarlas,

⁵¹ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* pp. 88-89.

⁵² Salvador CARRERES ZACARÉS, *Libre de memories...* II, p. 678. Como mantenedores actuaron los caballeros Ausiàs Crespi de Valldaura, Galvany Alegre, Lluís Valleriola, y los ciudadanos Franci Aguilar y Lluís Amalrich.

⁵³ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* p. 105. Actuaron como jueces Franci Granulles, Gilabert de Castellví, mossèn Juan de Pertusa y mossèn Bernat Sorell. Como mantenedores ejercieron Franci Jofré, Jaume Aguilar, el jurado principal, mossèn Baltasar Sorell, jurado, y Jeroni Aguilar.

⁵⁴ *Dietari de Jeroni Soria* con un prólogo de F. de P. Momblanch Gonzálbez, Valencia, 1960, pp. 88-89.

las autoridades locales acomodaron la casa llamada de Barceló, para lo cual hubo que acometer diversas reformas en la misma y en la casa vecina, de forma que con vigas se construyó un saledizo sobre la fachada que sobresalía dos palmos del resto de las casas, y desde allí el rey en su silla vio las justas.

En estas justas reales tomaron parte mosén Jaume Penyarrotja y mossèn Agustí Joan Albert, que eran los jurados principales de los caballeros y ciudadanos, pero el segundo se retiró, al no ser muy diestro en el arte de justar, cuentan las crónicas. Otros destacados participantes fueron Joan de Castellví, Lluís Crespí de Valldaura y Galcerà de Penyarrotja, así como el duque de Calabria. En este personaje lo que destacaba era la riqueza de su indumentaria, pues apareció chapado de oro de martillo (“*chapat de hor de martell*”), siendo muy alabado por los castellanos, que lo vieron como gran justador. El premio fue un plato de plata de diez marcos y se lo llevó mossèn Miquel del Condestable, caballero del duque de Calabria.

Prosiguieron los combates los días 18 y 19 con el emperador como espectador. En este último día el caballero Joan Aguiló rompió diez lanzas y la mantuvo todo el día, justificando seis aventureros, cada uno de los cuales rompió cuatro lanzas⁵⁵. Al día siguiente Carlos I partió de Valencia hacia Monzón, donde había convocadas Cortes generales de los estados de la Corona de Aragón.

Nuevas justas reales hubo en la ciudad de Valencia en diciembre de 1542 cuando Carlos I entró en Valencia con el príncipe don Felipe, que acababa de ser jurado en Monzón heredero de los reinos de la monarquía hispánica. El palenque se levantó en la plaza del Mercado el 10 de diciembre y actuaron de mantenedores los dos jurados principales, a los que se les dio una dieta de 75 libras y dos platos de comida el día de las justas. Previamente se hizo un pregón por la ciudad señalando las condiciones del combate y el premio al vencedor, que sería un plato de plata valorado en cincuenta ducados para el que mejor justara a cuatro carreras con lanzas buladas y de fiesta, similar al que hubo en 1479. El ganador fue el noble Lluís Ferrer, mientras que el premio al más gentil, consistente en un rubí de diez ducados se lo llevó el duque de Calabria, lugarteniente general del reino de Valencia⁵⁶. Como vemos el protocolo de la fiesta se mantuvo inalterable en sus líneas generales en el siglo XVI.

Es interesante señalar que el 8 de diciembre, durante su estancia en el Palacio Real, el rey, el príncipe Felipe y otros muchos caballeros jugaron a la sortija (“*garlandeta*”), siendo la primera vez que encuentra mencionado dicho juego en las crónicas. En este juego ecuestre, de posible origen italiano y que se incluye en la familia de los torneos, el jinete, lanzado a toda carrera, debía embocar un palo, que llevaba en la mano, en una argolla colgada de una cuerda a una distancia y altura determinada. La dificultad radica en que la argolla se movía y el galope del caballo es irregular. Un mantenedor, elegido entre los caballeros de más alta alcurnia, organizaba rumbosamente el espectáculo es-

⁵⁵ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* p. 122.

⁵⁶ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* p. 132. El papel de jueces correspondió a los nobles Pero Maça, Francisco Fenollet, Jeroni Artés y mossèn Pertusa.

tableciendo las condiciones y las reglas del juego en un cartel de desafío e instituyendo los más variados y costosos premios, que en nuestro caso fue una concha de plata.

En otras ocasiones fueron sucesos políticos o militares los que propiciaron la celebración de justas y torneos en la capital, como los habidos en febrero de 1545 a raíz de la firma el año anterior de la firma de paces con Francia. Este año, el nacimiento del príncipe don Carlos fue la excusa para celebrar en el Mercado una justa de guerra mantenida por el noble don Pere Lluís Sans a nombre de la ciudad, además de los correspondientes toros y juegos de cañas.

Igualmente hubo justas en el Mercado con motivo de la boda de Felipe III con la archiduquesa Margarita de Austria, celebrada en la capital del reino el 18 de abril de 1599. Fue patrocinada por la ciudad y fue mantenedor Dimas Pardo, ayudante Gaspar Vidal, y mayordomo el vizconde de Chelva, consistiendo los premios en dos cadenas y una sortija de diamantes, que se repartieron en el baile celebrado en el Palacio Real esa noche.

En el siglo XVII el descenso de estos festejos caballerescos fue muy notable, frente al incremento de los de carácter religioso, y podemos recordar las justas de 1604 durante la estancia del monarca, o las celebradas el 1 de febrero de 1665 en honor de la Inmaculada Concepción, en las que participaron seis cuadrillas con lo más granado de la aristocracia valenciana, en tanto que en otra “fiesta de lanças” celebrada en el llano del Real en torno a 1669 –no se sabela fecha exacta– intervinieron tres cuadrillas también de nobles valencianos.

5. El juego de cañas

Una variante del torneo era el juego de cañas, muy popular a fines de la Edad Media, consistente en una carrera entre varias cuadrillas de caballeros montados a la jineta, que se asaeteaban entre sí utilizando cañas como lanzas. Tenemos algunos ejemplos de este juego en Valencia, como el que tuvo lugar a comienzos de junio de 1459 a raíz de la entrada del conde de Foix en Valencia. En la ciudad el marco escogido fue el Mercado, donde el sábado, 3 de junio, hubo un juego de cañas en el Real. El domingo, 4 de junio, hubo justas en el Mercado, frente al convento de la Magdalena, y de nuevo el lunes hubo juego de cañas, en las que compitieron el monarca, Juan II, con los condes, barones, caballeros y gentilhombres, todos ellos lujosamente vestidos, destacando el rey. Hubo que lamentar un herido, un tal Aguiló, que recibió un golpe de caña en la frente.

Unos años después, el domingo 23 de julio de 1469 entre don Fernando, príncipe heredero y rey de Sicilia, que desde el 16 de julio estaba en la capital del reino y una de las celebraciones fue el citado juego de cañas del monarca con caballeros valencianos. De nuevo, el 27 de septiembre de 1472, también domingo, se corrieron cañas en la plaza del Mercado, y cuenta el autor del *Dietari del capellà d’Anfòs el Magnànim*, Melchor Miralles, que era tanta la gente que había que los jinetes tenía que correr entre el público, sin espacio. Esta era la diversión preferida, sin duda, del futuro rey de Aragón Fernando II, correr cañas con los caballeros de aquellos lugares que visitaba, como volvió

a hacer el 28 de octubre, donde otra vez la multitud de espectadores impedía que los jinetes pudieran correr. En esta ocasión el espectáculo se justificaba en la entrada del rey Juan II en Barcelona, hasta entonces rebelde a la Corona, y la guerra había hecho que desde Cataluña y Aragón mucha gente viniera a Valencia, donde además había comida en abundancia y todos querían ver lo que se hacía aquí (“*volien veure's tot lo que's fea*”)⁵⁷. Nuestra ciudad era un excelente enclave para olvidar las penalidades de la guerra. El pan y el espectáculo parecían garantizados, si nos atuviéramos sólo a las palabras del cronista.

A partir del siglo XVI la estructura de la nobleza valenciana estaba ya totalmente consolidada, pero ya no era la misma que en el Cuatrocientos. No había guerras cercanas, remitieron las luchas de bandos y los conflictos personales se dirimían en los tribunales o ante el rey. Pero los nobles seguían siendo un pequeño grupo de familias privilegiadas, los generosos y caballeros, que confirmaba su posición a través de un variado ceremonial, del que formaban parte las justas, torneos y juegos de cañas, como el habido a comienzos de agosto de 1507 en el Mercado organizado por el noble Jeroni de Centelles con motivo de la estancia de los reyes en Valencia, procedentes de Nápoles. En el evento participaron treinta y seis caballeros ricamente vestidos con brocado chapado y bordados.

Hubo que esperar muchos años para que las fuentes documentales nos vuelvan a dar noticia de otro espectáculo de esta índole, que se celebró en 1527 con ocasión del nacimiento del infante don Felipe. Tuvo lugar a comienzos del mes de junio en el Mercado y participaron don Fernando de Aragón, duque de Calabria y esposo de la virreina doña Germana de Foix, junto con otros nobles valencianos, todos ellos lujosamente ataviados como era costumbre⁵⁸. La presencia de Germana y luego la de los sucesivos virreyes, como *alter ego* del monarca, dieron lugar a una corte virreinal en la Valencia de los Tiempos Modernos en la que la aristocracia local reproducía los usos sociales y locales de la corte real, creándose un nuevo tipo de comportamiento, reflejado en las modas en el vestir, de peinarse y sentarse a la mesa, la castellanización cultural y lingüística y en las fiestas de caballería, como bien captaron los cronistas al detallar el complejo ceremonial que revestían muchas de ellas, plasmando así la autoridad de las instituciones que encarnaban el poder.

Fue en 1528 cuando tuvo lugar la primera visita de Carlos I a Valencia, lo que dio lugar a grandes festejos, de contenido similar a los de otras entradas reales, en los que también hubo juego de cañas en el Mercado el 14 de mayo, participando el propio emperador, “el más esmerado jugador de todos y el más gentil hombre”⁵⁹, y en su bando destacados nobles, entre ellos el duque de Calabria –otro gran jugador–, el vizconde de Chelva,

⁵⁷ *Dietari del Capellà*... pp. 236, 358, 374, 378.

⁵⁸ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas*... p. 114.

⁵⁹ *Carta del doctor Francisco de Villalobos, médico del emperador Carlos V.: al arzobispo de Toledo, D. Alonso de Fonseca, fecha en Valencia a 17 de mayo de 1528, dándole noticia de las fiestas con que aquel soberano y su esposa fueron obsequiados en aquella ciudad*. La reproduce íntegra Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas*, pp. 188-189.

caballeros y barones. El escribano municipal anotó lo bien vestidos que iban todos ellos, en particular el monarca, cuyo capuz y sayón eran de terciopelo carmesí, todo con un trenzado de oro de gusanillo con un birrete de carmesí con plumaje blanco. El caballo era también blanco y, por lo que se cuenta, parece que el emperador disfrutó con el juego (“*jugà sa Cesàrea Magestat molt be y molt alegre*”). En el otro bando figuraba la más alta nobleza del reino: el duque de Segorbe, el duque de Gandía y el conde de Cocentaina. Todos ellos rivalizaron y ofrecieron muestras de su poderío ante Carlos I y don Joan Coloma, señor de Elda, por ejemplo, vistió a su costa a doce caballeros y a sus correspondientes pajes con capas y sayos de terciopelo amarillo forrados de satén blanco. Espectadores privilegiados sobre un catafalco construido ex profeso fueron los jurados de la ciudad. El juego, además, terminó bastante bien, sin graves desgracias personales, salvo el caballero Berenguer Aguilar que recibió unos cañazos en la frente y en la mejilla, sin mayores consecuencias⁶⁰.

En la visita que en 1543 hizo a Valencia Carlos I con el recién jurado príncipe heredero don Felipe no podía faltar la celebración en el Mercado de corrida de toros y juego de cañas –ambos espectáculos solían ir juntos, sobre todo desde el siglo XVI–, que fue presenciado por tan regios personajes desde las casas de don Lluís Sorell y don Ramon Lladró, que, al igual que sucedió en las reales justas de 1528 hubo que modificar en su interior y fachadas, poniendo a ambas en comunicación y construyendo un estrado de dieciocho palmos de largo, donde se acomodó la corte para ver el espectáculo.

Así mismo, el regreso del emperador a España y su desembarco en Laredo se celebró en Valencia el 9, 10 y 11 de octubre con juego de cañas en el Mercado, igual que cuando Felipe II regresó a España en 1559 y con ocasión de su primera visita como monarca a la capital en abril de 1564, cuando vino a jurar los fueros, siendo presenciadas por él y su corte desde el marco privilegiado de las ventanas de la Lonja. También la defensa de Malta, sitiada por los turcos en 1565, y su retirada fue celebrada con diversas fiestas, entre ellas el juego de cañas, lo mismo que cuando llegó a Valencia la noticia de la victoria de Lepanto en octubre de 1571. No hace falta recordar lo sensibilizada que estaba la población valenciana con todo lo referente al enfrentamiento de la monarquía hispánica con los turcos, ya que aquí estaba en plena efervescencia el problema morisco.

La entrada de los virreyes fue también motivo para la celebración de estos festejos, como sucedió el 29 de junio de 1567 cuando entró en Valencia don Antonio Alfonso Pimentel y de Herrera, conde de Benavente, que fue agasajado con un juego de cañas en el Mercado. Por los pagos hechos por la clavería municipal sabemos que el suelo del palenque se cubría de arena en estos eventos. También hubo juego de cañas en febrero de 1617; la víspera de Carnaval, en 1625 en la Bolsería, al comienzo del Mercado, en tanto que en 1645 los protagonistas fueron los caballeros valencianos, presididos por el virrey, a raíz de la visita que Felipe IV hizo a la ciudad, y en 1662 durante las fiestas que Valencia celebró por el decreto dado por el papa Alejandro VII sobre la Inmaculada Concepción. Por la descripción conservada sabemos que los caballeros participantes se

⁶⁰ Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una biografía de libros de fiestas...* p. 117.

reunían en la Casa de la Ciudad, en la calle de Caballeros, junto al palacio de la Generalidad, y desde allí salían en cortejo hacia el Mercado, donde se celebraba el juego, precedidos por los timbales, trompetas y ministriles municipales, vestidos con las ropas e insignias tradicionales de la ciudad, como era habitual –y sigue siendo– en todas las procesiones cívicas. les seguían seis acemileros adornados con plumas, que portaban las cañas, cubiertas con paños de la ciudad con las armas de ésta y cada acémila llevaba dos criados a la diestra, vestidos con tafetán encarnado con fajas de tafetán amarillo, con zaraguëlles marineros, gabardinas largas con medias mangas y gorras redondas del mismo materia. Las medias eran encarnadas y los zapatos blancos. Luego seguían los dos jueces del campo, que eran Crisógono Almela y el hijo del marqués de Camarasa, que tenía nueve o diez años. El cronista nos dice que jugaron con gallardía y que no hubo que lamentar desgracias, aunque el hijo de Baltasar Juliá se cayó del caballo, dándose un gran golpe y rompiéndose la cabeza⁶¹.

Las fiestas de la canonización de san Pascual Bailón celebradas en Valencia en 1691 incluyeron no sólo celebraciones sacras, en particular procesiones, sino también un juego de cañas en la plaza de Predicadores a cargo de los caballeros de la Maestranza durante tres días, luciendo así sus habilidades militares y ecuestres.

Es interesante señalar que en Castilla la mitad de los participantes en este juego de cañas se vestían de cristianos y la otra de moros, lo que ha sido considerado como un precedente de las fiestas de moros y cristianos, pero en Valencia, en cambio, no hay noticia de tal diferencia y los cronistas tan sólo aluden a la riqueza de los vestidos de los combatientes⁶².

Conclusión

Aunque el final de la Edad Media es considerado como el ocaso de la caballería la realidad nos muestra como el pasado estaba muy presente en nuestros caballeros, incluidos los propios reyes, en particular Alfonso el Magnánimo, para quienes el ciclo artúrico era una fuente de inspiración y los espectáculos caballerescos constituían el marco idóneo para manifestarlo. Vemos, por ejemplo, como entre 1425 y 1428 el citado monarca organizó numerosas justas en el Mercado de Valencia, donde montaba decorados imaginarios como el castillo del hada Morgana, que él defendería con sus compañeros de armas. El monarca accedía a la plaza subido en lo alto de un carro rodeado de diosas de la mitología clásica, engalanado con penachos y el casco rematado por el dragón alado (“*drach alat*”), emblema de los monarcas de la Casa de Aragón. Ello formaba parte de un auténtico programa de propaganda política de la monarquía, en la que el yelmo que llevaba en la cabeza el monarca de la nueva dinastía Trastámara trataba de

⁶¹ *Solenes fiestas, que celebró Valencia, a la Inmaculada Concepción de la Virgen María. por un supremo decreto de N. S. S. Pontífice Alejandro VII. Ofrécelas al Rey nuestro Señor. Escrivelas de orden de la misma ciudad.* Juan Bautista de Valda, Valencia, 1663.

⁶² Rosana DE ANDRÉS DÍAZ, *Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastámara...*, p. 100 y la nota 89 con bibliografía sobre la riqueza y el gusto por los trajes moriscos entre los cristianos.

mostrar la vinculación de Alfonso con sus antecesores. Como señala García Marsilla “el espectáculo del poder alcanza entonces su máximo esplendor”⁶³. Contenido simbólico que aparece en los mismos materiales utilizados en las armas y armadura de dicho rey, como las cuarenta plumas blancas de avestruz, con las que se hizo un penacho, y provistas unas alas y cola de víbora, hechas para el equipo de justar en julio de 1426⁶⁴. Hay que recordar que la víbora se identificaba con la serpiente fabulosa vencida por san Jorge, patrón de la caballería, que aparecía como serpiente alada y emblema heráldico en numerosas fiestas como el Corpus, las coronaciones de reyes, torneos, etc. También el recuerdo artúrico estaba presente en la divisa escogida por Alfonso V: “*Siti Perillós*”, en recuerdo del asiento vacío en la Tabla Redonda.

Precisamente este es un rasgo clave en la fiesta: la promoción de los reyes y su imagen a través de ella, presentándolos como guerreros gloriosos y gobernantes espléndidos y magníficos, en los que la cantidad de lanzas rotas, los premios, los regalos, eran mensajes claros sobre el lugar del soberano en la sociedad estamental. Para la ciudad, por su parte, estos festejos caballerescos eran una ocasión más para mostrar su identificación con la Corona.

Pero no debemos olvidar que torneos y justas eran una afirmación de los ideales nobiliarios, el deseo de los poderosos de dejar clara su posición en la jerarquía establecida, igual que hacía el rey. Igualmente, servía para canalizar la agresividad de la nobleza y para prepararse para la guerra, para hacer ostentación, para buscar la fama y la gloria, pues como señaló J. A. Maravall “en la ética ciudadana si no se destaca, no se es conocido personalmente”, y la fiesta caballesca era una excelente ocasión para darse a conocer ante el resto de conciudadanos⁶⁵. Sin olvidar la importancia que el ocio, la vida lúdica, tuvo entre la nobleza del Antiguo Régimen.

En la Valencia renacentista y barroca fiesta y poder, como hemos visto, aparecen firmemente unidos y torneos y justas se convierten en un gran teatro en el que los actores asumen el papel que el Estado establece con el objetivo de expresar y difundir el ideario del poder⁶⁶. En estas ceremonias de armas los símbolos que acompañaban al rey y los que mostraba la ciudad ponían de manifiesto la relación de poder existente entre ambos. Desde el pueblo al monarca, toda la sociedad participaba en mayor o menor medida en la fiesta política barroca, enmascarada en decoraciones teatrales y arquitecturas efímeras en las que se proyectaba la imagen del poder. El lenguaje simbólico de la fiesta era un medio de propaganda política al servicio de la corona y del municipio, que transformaba y ocultaba en una pantalla la dura realidad cotidiana. A través de la fiesta la nobleza, que es la que ahora nos interesa por su protagonismo, proyectaba sus valores

⁶³ Juan Vicente GARCÍA MARSILLA, “Las formas de sociabilidad urbana”, *Historia de Valencia*, ed. Levante-El Mercantil Valenciano-Universidad de Valencia, Valencia, 1999, p. 139. Juan Vicente GARCÍA MARSILLA, *Art i societat a la València medieval*, ed. Afers, València, 2011, pp. 247 y 250.

⁶⁴ ARCHIVO DEL REINO DE VALENCIA (A.R.V.). Lo cita Juan Vicente GARCÍA MARSILLA, *Art i societat...* p. 242.

⁶⁵ José Antonio MARAVALL, *El mundo social de la Celestina*, Madrid, 1973, pp. 68 y 72.

⁶⁶ María del Pilar MONTEAGUDO ROBLEDO, *El espectáculo del poder. Fiestas reales en la Valencia Moderna*, Valencia, 1995.

y actitudes, muy ritualizados: valor, destreza, preeminencia social y económica, que en el final de la etapa foral del reino de Valencia quedaban ya muy lejos de los ideales caballerescos de la Edad Media. La brutalidad de la batalla medieval había dejado paso al espectáculo galante.

Fecha de recepción: 17 de enero de 2012.

Fecha de aceptación: 6 de febrero de 2013.